

John Reed

México insurgente



Título: México insurgente
Título original: Insurgent Mexico
Autor: John Reed
Traducción: E. V.

Portada y diseño de colección: Esteban Montorio

Edición:

Editorial Txalaparta s.l.
Navaz y Vides 1-2
Apdo. 78
31300 Tafalla
NAFARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com

www.txalaparta.com

Primera edición

Nueva York, 1914

Primera edición de Txalaparta
Tafalla, junio de 2005

Copyright

© Txalaparta para la presente edición

Copyright de las ilustraciones

© Instituto Nacional de Antropología e
Historia de México (INAH)

Realización gráfica

Monti

Impresión

RGM

I.S.B.N.

84-8136-400-2

Depósito legal

BI-1.707-05

 Txalaparta

*No he visto ningún pueblo
tan cercano a la naturaleza.*

John Reed

CHARLES TOWSEN COPELAND
DE LA
UNIVERSIDAD DE HARVARD

Querido Copey:

Recuerdo que pensabas que era extraño el que no hubiera deseado escribir sobre lo que vi al hacer mi primer viaje a países extranjeros.

Desde entonces, he visitado un país que me ha incitado a hacerlo. Pero al escribir estas impresiones sobre México no puedo menos que pensar que nunca habría visto lo que vi si no hubiera sido por tus enseñanzas.

Únicamente puedo agregar a lo que tantos que escriben ya te han expresado que escucharte es aprender cómo ver la belleza oculta del mundo visible; que ser tu amigo es tratar de ser honrado intelectualmente.

Por eso te dedico este libro, en la inteligencia de que tomarás como tuyas las partes que te agraden y de que me perdonarás por el resto.

J. R.

Nueva York,
3 de julio de 1914.

Hacia la frontera

Después de una terrible y dramática retirada a través de seiscientos kilómetros de desierto, cuando fue evacuada Chihuahua, el ejército federal al mando de Mercado permaneció tres meses en Ojinaga, ciudad que se asienta en la margen mexicana del río Bravo.

Del lado norteamericano –en Presidio–, desde la rústica techumbre de tierra de la oficina de correos, más allá del medio kilómetro de chaparrales que crecían en la arena y que llegaban hasta la escasa y turbia corriente, podía verse la ciudad destacándose claramente hacia lo bajo de la meseta y en medio de un desierto abrasador circundado por peladas y abruptas montañas.

Se veían sus casas cuadrangulares de pardo adobe y, aquí y allá, la cúpula oriental de alguna vieja iglesia española. Era una zona desolada, sin árboles. No se podía menos que esperar ver surgir minaretes. Durante el día, los soldados federales, con uniformes blancos y andrajosos, pululaban en el lugar cavando trincheras perezosamente. Corrían rumores de que se aproximaba Villa con sus victoriosas huestes constitucionalistas. Surgían súbitos destellos al iluminar el sol los cañones de campaña. Gruesas, extrañas nubes de humo rosado se levantaban en la quietud del aire.

Al atardecer, cuando el sol se hundía en el resplandor de un horno de fundición, patrullas de caballería pasaban rápi-

das recortando sus siluetas en el horizonte al dirigirse a los puestos nocturnos de las avanzadas. Después de oscurecer, brillaban misteriosas hogueras en la ciudad.

Tres mil quintos hombres acampaban en Ojinaga. Era todo lo que quedaba de los diez mil hombres de Mercado y de los otros cinco mil que, marchando con Orozco al Norte desde la ciudad de México, habían llegado a reforzar al primero. De estos tres mil quinientos hombres, cuarenta y cinco eran mayores; veintiuno, coroneles, y once, generales.

Yo quería entrevistar al general Mercado; pero un periódico había publicado algo desagradable acerca del general Salazar, y éste, en represalia, había prohibido la estancia de los reporteros en la población. Envié una atenta solicitud al general Mercado; pero fue interceptada por el general Orozco, quien la devolvió con la siguiente respuesta:

Estimado y honorable señor: Si usted pone un pie en Ojinaga, lo colocaré ante el paredón y con mi propia mano tendré el gran placer de hacerle algunos agujeros en la espalda.

Pero, a pesar de todo, un día pude vadear el río y entré en la ciudad. Por fortuna, no me encontré con el general Orozco. Nadie pareció objetar mi entrada. Todos los centinelas que vi estaban echando la siesta a la sombra de las paredes de adobe. Casi enseguida tropecé con un cumplido oficial de nombre Hernández a quien expliqué que deseaba ver al general Mercado.

Sin averiguar nada sobre mi identidad, frunció el ceño, cruzó los brazos y estalló así:

—Yo soy el jefe del Estado Mayor del general Orozco y no lo llevaré a ver al general Mercado.

No contesté. Pocos minutos después añadió:

—¡El general Orozco odia al general Mercado! ¡No se digna a ir a su cuartel y el general Mercado no se atreve a venir al cuartel de general Orozco! ¡Es un cobarde! ¡Corrió en Tierra Blanca y después huyó de Chihuahua!

—¿Qué otros generales no le gustan? —pregunté—. Se recogió en sí mismo y, mirándome con enojo, al tiempo que sonreía burlonamente, contestó:

—¡Quién sabe...!

Al fin vi al general Mercado. Era un hombre bajo, de cuerpo gordo, sentimental, preocupado, irresoluto, que gimoteaba e inflaba una larga historia acerca de cómo el ejército norteamericano había cruzado el río y había ayudado a Villa a ganar la batalla de Tierra Blanca.

Las albas y polvorientas calles del pueblo rebosaban de suciedad y forraje; la vieja iglesia, sin ventanas, tenía tres enormes campanas españolas afuera, colgadas de una estaca; una nube azul de incienso escapaba por la ennegrecida puerta, donde las soldaderas rogaban por la victoria, día y noche, tumbadas bajo los rayos de un sol abrasador. Ojinaga había sido tomada y recuperada cinco veces. Apenas alguna casa tenía techo y todas las paredes mostraban hendiduras de bala de cañón. En aquellas habitaciones vacías, estrechas, vivían los soldados, sus mujeres, sus caballos, gallinas y cerdos robados en la campiña circunvecina. Los fusiles hacinados en los rincones; las monturas apiladas entre el polvo; los soldados, harapientos; escasamente alguno poseía un uniforme completo. Alrededor de pequeñas hogueras en las puertas, hervían elotes y carne seca. Casi se morían de hambre.

A lo largo de la calle principal pasaba una ininterrumpida procesión de gente hambrienta, enferma, exhausta, arrojada del interior del país por el miedo a los rebeldes que se acercaban. Habían hecho una travesía de ocho días sobre el más terrible desierto del mundo. Eran detenidos en las calles por centenares de soldados federales que los despojaban de cuanto les venía en gana. Después pasaban hasta cruzar el río y, ya en territorio norteamericano, tenían que esquivar las garras de los aduaneros y de los funcionarios de Migración y de las patrullas del ejército en la frontera, que los registraban para desarmarlos.

Cientos de refugiados cruzaban el río; unos a caballo arreando ganado; algunos en pequeños vehículos, otros a pie. Los inspectores no se distinguían por su cortesía.

—¡Bájese de ese carro! —gritaba uno de ellos a una mujer con un bulto en los brazos.

—Pero señor, ¿por qué razón? —intentaba balbucir.

—¡Bájese ahora mismo o la bajo! —le gritaba el inspector.

Hacían un registro minucioso, brutal, innecesario, tanto en los hombres como en las mujeres.

Yo estaba presente cuando una mujer vadeó el arroyo; se levantó las faldas hasta las pantorrillas sin importarle un pito. Se cubría con un largo chal, que estaba un poco abultado en el frente, como si llevara algo debajo.

—¡Eh, oiga! —gritó el aduanero— ¿Qué lleva usted bajo su chal?

Ella abrió lentamente la parte delantera del chal y le contestó dulcemente:

—No sé, señor. Puede que sea una niña, o tal vez un niño.

Aquéllos fueron días gloriosos para Presidio, un aislado e indescritiblemente desolado lugarejo como de quince casucas de adobe, desperdigadas sin mucho plan entre los renales y la maleza a lo largo del río. El viejo Kleinmann, el tendero alemán, hizo una fortuna abasteciendo refugiados y aprovisionando al ejército federal del otro lado del río. Tenía tres bellas hijas, pimpollos a quienes encerraba en el desván de la tienda porque una banda de mexicanos, enamorados y ardientes vaqueros, rondaban como perros, atraídos desde muchos kilómetros a la redonda por la fama de que gozaban las damiselas. Pasaba la mitad del tiempo trabajando afanosamente en la tienda, desnudo hasta la cintura; el resto lo empleaba corriendo por todas partes con un pistolín pegado al cinto, a fin de prevenir y alejar a los amorosos pretendientes.

A todas horas del día o de la noche, enjambres de soldados federales desarmados que cruzaban el río se apretujaban en la tienda y en el salón de billares. Circulaban entre ellos sujetos siniestros, enigmáticos, que se daban aire de importancia; eran agentes secretos de los rebeldes y de los

federales. En los contornos, entre los breñales, acampaban centenares de míseros refugiados. Uno no podía dar un paso durante la noche sin tropezar por dondequiera con un complot o un contracomplot. Rondaban por allí guardabosques texanos y soldados de los Estados Unidos, así como también agentes de empresas norteamericanas tratando de introducir consignas secretas a sus empleados en el interior de México.

Un tal MacKenzie pateaba, montado en cólera, en la oficina de correos. Parece que tenía cartas importantes para las minas de la Asarco (American Smelting and Refining Co. de Santa Eulalia).

—El viejo Mercado insiste en abrir y leer todas las cartas que pasan a través de sus líneas —gritaba indignado.

—Pero —le dije— las dejarán pasar, ¿no es así?

—Ciertamente —contestó—. ¿Cree usted que la Asarco puede someterse a que sus cartas sean abiertas y leídas por un miserable mugroso? ¡Es un atropello incalificable que una compañía norteamericana no pueda remitir una carta confidencial a sus empleados! ¡Si esto no es motivo para una intervención —terminó sobriamente— no sé qué lo será!

Había toda laya de agentes: de empresas de armas y municiones, matuteros y contrabandistas; entre ellos, un hombre chiquitín, vendedor de un negocio fotográfico, que hacía ampliaciones de retratos a lápiz a cinco pesos cada una.

Se movía febrilmente entre los mexicanos y obtenía millares de pedidos, cuyo importe, fuera del enganche, debía pagarse al recibo de las ampliaciones que seguramente no llegarían nunca. Ésta era su primera experiencia con mexicanos y estaba altamente agradecido por la cantidad de órdenes recibidas.

Un mexicano lo mismo puede ordenar un retrato, un piano o un automóvil, siempre que no tenga que pagarlo. Tal cosa le proporciona una sensación de prosperidad.

El minúsculo agente de ampliaciones a lápiz hizo un comentario sobre la Revolución mexicana. Dijo que el general Huerta debía de ser un hombre refinado porque, según sa-

bía, era pariente lejano, por parte materna, de la distinguida familia Carey, de Virginia...

La margen norteamericana del río la patrullaban, dos veces al día, grupos montados que corrían cuidadosamente paralelos a las tropas de caballería que, del otro lado, guardaban la margen mexicana. Ambas partes se vigilaban estrechamente a través de la frontera. De vez en cuando, un mexicano, incapaz de contener sus nervios, disparaba una bala en dirección a donde se encontraban los norteamericanos; se trataba entonces de una escaramuza entre ambos grupos, guarecidos en la maleza. Un poco más allá de Presidio había estacionados dos escuadrones del Noveno de Caballería Negra. A uno de estos soldados negros, que daba agua a su caballo a la orilla del río, se dirigió un mexicano, sentado en cuclillas en la margen opuesta:

—¡Oye, negro! —le gritó sarcásticamente en inglés—. ¿Cuándo van ustedes, condenados gringos, a cruzar la línea?

—¡Chile! —respondió el negro—. No vamos a cruzarla de ninguna manera. Solamente la vamos a extender hasta el gran charco.

Algunas veces, un refugiado rico, con una buena cantidad de oro cosida entre las mantas de su montura, lograba cruzar el río sin que los federales lo descubrieran. Había seis grandes automóviles de alta velocidad esperando en Presidio a este tipo de víctima. Le sacaban cien dólares en oro para llevarlo a tomar el ferrocarril; en el camino, en cualquier parte de los solitarios eriales del Sur de Marfa, podía tener la seguridad de que sería asaltado por una banda de enmascarados para despojarlo de cuanto llevara. En tales casos llegaba a la ciudad, como un huracán, montado en su caballo pinto, el *sheriff* del condado, un trasunto real de las mejores tradiciones de *La muchacha del dorado Oeste*.

Este tipo había leído todas las novelas de Owen Wister, y sabía cómo debía ser un *sheriff* del Oeste: dos pistolas en la cadera, la macana bajo el brazo, el enorme cuchillo encajado en la bota izquierda y una gran escopeta en el arzón de la silla. Su conversación estaba aderezada con las más horrendas

blasfemias, pero nunca había detenido a un solo criminal. Después del trabajo diurno, consistente en hacer cumplir la ley del Condado de Presidio contra la portación de armas y el juego de póquer, por la noche podía encontrarse siempre, echando una manita, sentado muy tranquilamente en la parte trasera de la tienda de Kleinmann.

La guerra y los rumores de guerra mantenían a Presidio en una tensión febril. Todos sabíamos que tarde o temprano vendría por tierra, desde Chihuahua, el ejército constitucionalista y atacaría a Ojinaga. De hecho, se habían acercado en grupo los generales federales a fin de hacer arreglos con el mayor, a cuyo mando estaba la patrulla norteamericana de la frontera, para acordar la retirada del ejército federal de Ojinaga en tales circunstancias. Manifestaron que, cuando atacaran los rebeldes, ellos resistirían por un tiempo razonable –dos horas– y que después pedirían su venia para atravesar el río...

Sabíamos que a unos quince kilómetros al Sur, en el Paso de la Mula, había quinientos rebeldes voluntarios que guardaban el único camino de Ojinaga para cruzar las montañas. Un correo logró burlar un día las líneas federales y pasó el río con importantes noticias. Dijo que la banda de música federal había estado recorriendo los alrededores dando audiciones, pero que había sido capturada por los constitucionalistas, quienes la formaron en una plaza pública y la hicieron tocar a punta de rifle durante doce horas seguidas. «Así –continuaba el narrador– se había logrado mitigar en algo lo duro de la vida en el desierto. ¡Nunca pudimos explicarnos el motivo por el cual habían mandado a la banda a dar audiciones musicales, sola, a quince kilómetros de Ojinaga, en el desierto...!».

Los federales permanecieron un mes más en Ojinaga, y Presidio prosperó entretanto. Entonces Villa, a la cabeza de sus tropas, apareció en un amanecer del desierto. Los federales resistieron durante un “tiempo razonable” –justamente dos horas– o, para ser minuciosos, hasta que Villa, con una

batería y galopando junto a las bocas de los cañones, persiguió al enemigo hasta hacerlo cruzar el río en una huida loca.

Los soldados norteamericanos los arrebañaron en un inmenso corral para remitirlos poco después como prisioneros, a un campo alambrado en Fort Bliss, Texas.

Para entonces yo ya estaba bien adentro de México, cabalgando a través del desierto con un centenar de harapientos soldados constitucionalistas camino hacia el frente.

Primera parte

LA GUERRA EN EL DESIERTO



Capítulo I

EL PAÍS DE URBINA

Procedente de Parral llegó al pueblo un baratillero con una mula cargada de macuche –cuando no se puede conseguir tabaco se fuma macuche– y en torno a él nos confundimos con el resto de la población para obtener noticias.

Esto ocurría en Magistral, un pueblo montañoso de Durango a tres días de camino del ferrocarril. Alguien compró un poco de macuche. Los demás le pedimos prestado algo y enviamos a un muchacho por unas hojas de maíz. Todos encendimos un cigarro y parlotamos alrededor del buhonero en tres filas, pues sólo hacía unas semanas que el pueblo tenía conocimiento de la Revolución. Traía los rumores más alarmantes: que los federales habían roto el cerco de Torreón y venían con este rumbo, quemando ranchos y asesinando a los pacíficos; que las tropas norteamericanas habían pasado el río Bravo; que Huerta había renunciado; que Huerta venía al Norte para hacerse cargo, en persona, de las tropas federales; que Pascual Orozco había muerto en Ojinaga, y que Pascual Orozco venía para el Sur con diez mil colorados. El narrador adornaba sus noticias con gran abundancia de gestos dramáticos, paseándose y moviéndose hasta bailarle en la cabeza su pesado sombrero galoneado; echándose al hombro su desteñida cobija azul, disparaba rifles imaginarios y sacaba espadas ficticias, mientras que su auditorio murmuraba

«¡Ma!» y «¡Adió!» Pero el rumor más interesante era que el general Urbina saldría para el frente dos días después.

Un árabe hosco, Antonio Swayfeta, que se dirigía a Parral en un calesín de dos ruedas, me permitió ir con él hasta Las Nieves, donde vivía el general. Al mediar el día habíamos subido a las montañas y salido de ellas hacia las tierras altas de la gran planicie del Norte de Durango; bajamos, sacudidos suavemente entre el oleaje de la amarilla sabana, que se extendía tan lejos que el ganado que pastaba se convertía en pequeños puntos y desaparecía, finalmente, en la base púrpura de las abruptas montañas, las cuales parecían tan cercanas que podían tocarse tirándoles una piedra.

La hosquedad del árabe se había desvanecido y volcó ante mí la historia de su vida, de la que no entendía ni una palabra, aunque sí su trayectoria. Entiendo que ha sido en gran parte comercial. Había estado una vez en El Paso y la consideraba la ciudad más hermosa del mundo. Pero el negocio es mejor en México. Dijo que allá hay pocos judíos, porque no pueden competir con los árabes.

No encontramos en todo el día más que a un solo ser humano; un viejo cubierto de andrajos, a horcajadas en un burro, tapado con un sarape a cuadros negros y rojos, sin pantalones, pero abrazado a lo que quedaba de un rifle. Escupiendo, expresó que era un soldado que después de tres años de pensarlo había decidido unirse a la Revolución y pelear por la libertad. Pero que en su primera batalla, al oír el disparo de un cañón –el primero que había escuchado en su vida–, emprendió el regreso inmediato a su hogar, en El Oro, donde se proponía bajar a una mina aurífera y quedarse allí hasta que la guerra hubiera terminado...

Antonio y yo permanecemos callados. Ocasionalmente hablaba en impecable castellano a la mula. Me hizo saber que esa mula era puro corazón. El sol se colgó por un momento en la cresta roja de las montañas de pórvido, ocultando tras ellas la concavidad turquesa del cielo, cubierto de nubes anaranjadas. Después, todas las ondulaciones conjuntas del desierto resplandecieron y se mezclaron con la luz de ma-

tices apagados. De pronto, se dibujó enfrente la sólida fortaleza de una gran finca –como las que se encuentran rara vez en aquella vasta tierra–, un imponente cuadrado de paredes blancas con torreones en las esquinas y una puerta de hierro cubierta con clavos de adorno se erguía majestuosa y prohibitiva sobre una pequeña loma, como cualquier castillo; la circundaban redondos corrales de adobe y, abajo, en lo que había sido un arroyo seco durante el día, brotaba el río subterráneo a la superficie, formando un charco que desaparecía nuevamente entre la arena. Del interior se alzaban rectas y delgadas líneas de humo que iban a perderse entre los últimos rayos solares. Del río a la puerta se movían diminutas figuras negras de mujeres con cántaros de agua en la cabeza, mientras dos vaqueros arreaban algún ganado a los corrales. A esta hora las montañas de Occidente tomaban un color azul de terciopelo; el pálido cielo, un dosel rojizo de moaré. Cuando llegamos a la gran puerta del rancho había en lo alto una verdadera lluvia de estrellas.

Antonio preguntó por don Jesús. Siempre es más seguro atinar inquiriendo en un rancho por don Jesús, porque invariablemente ése es el nombre del administrador.

Al fin apareció; era un hombre magníficamente alto, con pantalones pegados, camiseta roja de seda y un sombrero gris recargado de adornos de plata, nos invitó a pasar. Las casas formaban el interior del muro, de uno a otro extremo. A lo largo de las paredes y sobre las puertas colgaban tiras de carne seca, cordeles con chiles y ropa secándose. Tres jóvenes atravesaban la plazoleta en fila, balanceando ollas de agua sobre sus cabezas, gritándose entre sí con la bronca voz de las mujeres mexicanas. Una mujer acuclillada amamantaba a su hijo en una casa; en la siguiente, otra se arrodillaba en la interminable tarea de moler maíz en una artesa de piedra. Los hombres, en cuclillas también alrededor de pequeñas fogatas, fumaban cigarros de hoja de maíz, envueltos en sus decolorados sarapes, mientras miraban trabajar a las mujeres. Todos se levantaron y nos rodearon al desensillar, mientras nos decían con voz afable «Buenas noches»; entre

curiosos y accesibles, preguntaban: ¿De dónde veníamos? ¿A dónde íbamos? ¿Qué nuevas traíamos? ¿No habían tomado todavía los maderistas a Ojinaga? ¿Era cierto que venía Orozco para matar a los pacíficos? ¿Conocíamos a Pánfilo Silveyra? Era un sargento, uno de los hombres de Urbina. Había salido de esa casa, era primo de este hombre. ¡Ah, había demasiada guerra!

Antonio se fue a regatear por un poco de maíz para la mula. «Un tantito, sólo un poquito de maíz», suplicaba. Seguramente don Jesús no le cobraría nada. ¡Cuánto maíz se podía comer una mula...!

En una de las casas fui a negociar una cena. La mujer extendió ambas manos:

—Estamos tan pobres ahora —dijo—. Un poquito de agua, algunos frijoles, tortillas... es todo lo que comemos en esta casa... ¿Leche? No hay. ¿Huevos? No hay. ¿Carne? No hay. ¿Café? ¡Válgame Dios, tampoco!

Me aventuré a decir:

—Con este dinero se podrían comprar esas cosas en alguna otra casa.

—¡Quién sabe! —contestó ella displicentemente.

En ese momento llegó el esposo y le reprochó su falta de hospitalidad.

—Mi casa está a sus órdenes —expresó enfáticamente, y me pidió un cigarro.

Se acomodó a su modo mientras ella traía las sillas familiares y nos invitaba a sentarnos. La habitación era de buenas proporciones, con piso de tierra y techo de vigas fuertes; adobe por todas partes. Las paredes y el techo estaban blanqueados y a simple vista, limpiísimos. En un rincón una gran cama de hierro; en el otro, como casi en cada casa que vi en México, una máquina de coser Singer. Había también una mesilla sobre la cual estaba una tarjeta postal con la imagen de la Virgen de Guadalupe, ante la que ardía una vela. Arriba, en la pared, colgaba una indecente ilustración cortada de las páginas de *Le Rire*, colocada ante un cuadro con un marco plateado: ¡evidentemente, un objeto de la más alta veneración!

Llegaron varios tíos, primos y compadres, a preguntar si por casualidad traíamos algún cigarrillo. A una orden del esposo, la mujer trajo una brasa en sus dedos. Fumamos. Se hacía tarde. Hubo una pequeña disputa sobre quién iría a comprar los víveres para nuestra comida. Finalmente convinieron en que fuera la mujer; pronto, Antonio y yo estábamos sentados en la cocina, mientras ella se doblaba sobre la plataforma de adobe en un rincón —que parecía un altar—, donde cocinaba directamente sobre el fuego. El humo que lo envolvió todo, salía por la puerta. De vez en cuando entraban las gallinas y un marrano, o irrumpía una oveja en busca de la masa para las tortillas, hasta que la voz airada del amo de la casa reconvenía a la mujer porque no hacía cinco o seis cosas a la vez. Ella se levantaba fatigosamente y alejaba al animal con una brasa ardiendo.

Durante la cena —carne salada con chile picante, huevos fritos, tortillas, frijoles y café negro fuerte— tuvimos la compañía de toda la población masculina, dentro y fuera de la habitación. Parecía que algunos estaban enfadados con la Iglesia.

—¡Curas sinvergüenzas —exclamó uno— que vienen cuando uno está tan pobre y se llevan el diezmo! (una décima parte de lo que cosechaban).

—¡Y nosotros que pagamos un cuarto al Gobierno por esta maldita guerra...!

—¡Cállate la boca! —gritó la mujer—. es para Dios. Dios tiene que comer, igual que nosotros...

Su esposo sonrió con aire de superioridad. Había estado una vez en Jiménez y era considerado un hombre de mundo.

—Dios no come —replicó finalmente— ¡Los curas engorrandan a costa nuestra!

—¿Por qué lo dan? —pregunté.

—Es la ley —dijeron varios a la vez.

¡Y nadie creería que esa ley había sido derogada en México en el año 1857!

Pregunté sobre el general Urbina: «Un buen hombre, todo corazón». Otro dijo. «Es muy valiente. ¡Las balas rebotan sobre él como la lluvia en un sombrero...!».

—Es el primo del primer marido de la hermana de mi mujer.

—Es bueno para los asuntos del campo —que es tanto como decir que es un bandido y asaltante con mucho éxito.

Y, por último, dijo uno con orgullo: «Hace pocos años era un peón igual que nosotros; ahora es general y un hombre rico».

Pero no olvidaré el cuerpo famélico y los pies descalzos de un viejo con cara de santo que habló pausadamente: «La Revolución es buena. Cuando concluya no tendremos hambre, nunca, nunca, si servimos a Dios. Pero es larga y no tenemos alimentos que comer o ropa que ponernos, pues el amo se ha ido lejos de la hacienda; no tenemos herramientas ni animales para trabajar y los soldados se llevan todo nuestro maíz y nuestro ganado...».

—¿Por qué no pelean los pacíficos?

Él se encogió de hombros.

—Ellos no nos necesitan ahora. No tienen rifles ni caballos para nosotros. Están ganando. ¿Y quién los alimentará a ellos si nosotros no sembramos? No, señor. Pero si la revolución pierde, entonces no habrá más pacíficos. Nos levantaremos con nuestros cuchillos y nuestros látigos. ¡La Revolución no puede perder...!

Mientras Antonio y yo nos envolvíamos en nuestras cobijas sobre el suelo del granero, ellos cantaban. Uno de los jóvenes había conseguido una guitarra en alguna parte y a voces, apoyándose uno en el otro, con esa peculiar armonía de barbería, cantaban alto y plañideramente algo acerca de una triste historia de amor.

El rancho era uno de los muchos pertenecientes a la hacienda de Canutillo; al día siguiente caminamos toda la jornada atravesando sus tierras, que tenían una superficie mayor de un millón de hectáreas, me dijeron. El hacendado, un español rico, había huido del país hacía dos años.

—¿Quién es el dueño ahora?

—El general Urbina —dijo Antonio.

Y así era, en efecto, como pronto pude comprobarlo. Las grandes haciendas del Norte de Durango, una superficie mayor que la del Estado de Nueva Jersey, habían sido confiscadas para el gobierno constitucionalista por el general, quien las administraba por medio de sus propios agentes; según se decía, las dividió por mitades con la Revolución.

Caminamos durante todo el día en nuestro calesín, parando solamente para comer unas cuantas tortillas. Al caer la tarde vimos las morenas paredes de barro que rodeaban a Canutillo, con su pequeño grupo de casas y la vieja y rosada torre de su iglesia que emergía entre los álamos, a muchos kilómetros distante del pie de las montañas. El poblado de Las Nieves, dispersa colección de adobes del color exacto de la tierra con que habían sido hechos, se extendió ante nosotros como si fuera una extraña prolongación del desierto. Un río de corriente rápida, sin traza de verdor en sus márgenes, que contrastaba con la planicie calcinada por el sol, formaba un semicírculo en torno del lugar. Cuando vadeamos chapoteando entre mujeres que arrodilladas lavaban ropa, el sol se ocultó sin transición tras las montañas del Oeste. Acto seguido, un diluvio de luz amarilla, espesa como el agua, inundó la noche, al mismo tiempo que se levantaba del suelo una niebla oro y rosa, en la que se movía, indolente, el ganado.

Yo sabía que el precio de un viaje como el que había hecho en el calesín de Antonio valía por lo menos diez pesos, y eso sin tener en cuenta lo que pediría un árabe, siempre en busca de provecho. Pero cuando le ofrecí dinero me abrazó y comenzó a llorar... ¡Dios te bendiga, árabe excelente! ¡Tienes razón! ¡Los negocios son mejores en México!

Capítulo II

EL LEÓN DE DURANGO EN CASA

A la puerta de la casa del general Urbina estaba sentado un viejo peón con cuatro cananas terciadas sobre sí, entretenido en la genial tarea de llenar de pólvora unas bombas de hierro corrugado. Su dedo pulgar apuntó hacia el patio. La casa del general, los corrales y almacenes corrían a lo largo de los cuatro costados de un espacio tan grande como la manzana de una ciudad; en tal recinto pululaban cerdos, gallinas y niños semidesnudos. Dos chivos y tres magníficos pavos reales miraban tristemente hacia abajo, desde el techo. Dentro y fuera de la sala, donde se oían los acordes fonográficos de *La princesa del dólar*, andaba, majestuosa, una parvada de gallinas. Una vieja salió de la cocina y vació una cubeta de basura en el suelo; todos los cerdos se abalanzaron chillando sobre ella. En un rincón de la pared estaba sentada la pequeña niña del general, mascando un cartucho. Un buen número de hombres, de pie o tendidos en el suelo, permanecían alrededor de un pozo que estaba en el centro del patio. El propio general se encontraba sentado en medio de ellos en un sillón de mimbre con brazos rotos, dando tortillas a un venado manso y a una oveja negra, coja. Delante de él un peón arrodillado vacía de un saco de lona algunos centenares de cartuchos de máuser.

El general no dio ninguna respuesta a mis explicaciones. Me extendió una mano débil, que retiró inmediatamente, pero no se levantó. Era un hombre fornido de estatura media-

na, de piel color oscuro caoba, barba negra dispersa hasta los pómulos que no ocultaba del todo la expresión, las fosas nasales abiertas, los diminutos y brillantes ojos festivos de animal. Durante cinco minutos no los apartó de los míos. Le presenté mis papeles para identificarme.

—No sé leer —me dijo rápidamente. Hizo una señal a su secretario—. ¿De modo que usted quiere ir conmigo al campo de batalla? —me espetó en el más áspero español—. Muchas balas. —No contesté—. Muy bien, pero no sé cuándo me iré. Puede ser que dentro de cinco días. ¡Por ahora coma!

—Gracias, mi general, ya he comido.

—Vaya a comer —repitió, calmoso—. ¡Ándele!

Un hombre pequeño, sucio, a quien todos llamaban «doctor», me acompañó al comedor. Había sido boticario en Parral, ahora era mayor. Debíamos dormir juntos aquella noche, me dijo. Pero antes de llegar al comedor se oyó un grito de «¡Doctor!». Había llegado un herido; era un campesino con el sombrero en la mano y un pañuelo tinto en sangre, atado a la cabeza. El pequeño doctor se volvió todo eficiencia. Despachó a un muchacho por las tijeras familiares y a otro por un cubo de agua del pozo. Afiló con una navaja una astilla de madera que levantó del suelo. Sentando al herido en un cajón, le quitó la venda, que descubrió una herida como de dos pulgadas de largo, bajo una costra de sangre seca, y mugre. Primero cortó el pelo alrededor de la herida, hurgando con las puntas de la tijera sin miramiento alguno. El paciente aspiró con fuerza, pero no se movió. Entonces el doctor cortó despacio la sangre coagulada de la superficie, silbando alegremente para sí. «Sí —dijo—, es una vida interesante la de doctor». Escudriñó atentamente la sangre que manaba de la herida; el campesino seguía inmóvil como si fuera una estatua de piedra. «Y es una vida llena de nobleza —agregó— aliviar los sufrimientos ajenos». Entonces tomó la afilada astilla de madera y la introdujo hasta lo más hondo, ¡moviéndola lentamente por toda la longitud de la herida!

—¡Bah!, el animal se ha desmayado —exclamó el doctor—. ¡Sosténgalo mientras yo lavo la herida!

Y dicho y hecho, levantó el cubo de agua y derramó su contenido sobre la cabeza del paciente; el agua y la sangre, mezcladas, corrían sobre sus ropas.

—Estos peones ignorantes —dijo el doctor, cubriendo la herida con el vendaje original— no tienen valor. Es la inteligencia la que hace el alma. ¿No?

Cuando el peón volvió en sí, le preguntó: «¿Eres soldado?». El hombre sonrió dulcemente, suplicante. «No, señor, yo soy únicamente un pacífico —dijo—; vivo en Canutillo, donde mi casa está a sus órdenes...».

Un poco más tarde —bastante más tarde— nos sentamos todos a cenar. Allí estaba el teniente coronel Pablo Seáñez, un joven simpático, franco, de veintiséis años, con cinco balazos en el cuerpo, que correspondían a tres años de combate. Salpicaba su conversación con los juramentos militares de rigor; su pronunciación era un poco confusa como resultado de un balazo en el maxilar y la lengua casi cortada en dos por una espada. Decían que era una fiera en el combate y un asesino (muy matador) después de éste. En la primera toma de Torreón, Pablo y otros dos oficiales, el mayor Fierro y el capitán Borunda, habían ejecutado personalmente a balazos a ochenta prisioneros inermes. No suspendieron la matanza hasta que se cansaron, hasta el punto de no poder tirar más de los gatillos de sus armas.

—¡Oiga! —preguntó Pablo—. ¿Dónde está el mejor instituto para estudiar hipnotismo en Estados Unidos? ¡Tan pronto como concluya esta maldita guerra voy a estudiar para hipnotista...!

A renglón seguido comenzó a dar pases al teniente Borrego, que era llamado irrisoriamente El León de las Sierras, debido a sus prodigiosas bravatas. Éste se despojó violentamente de su revólver y dijo a gritos: «¡No quiero tener nada con el diablo!», entre las risas estruendosas de los demás.

Allí estaba también el capitán Fernando, un gigantón canoso, con pantalones pegados, que había peleado en veintiún combates y a quien le encantaba oír mi español fragmentado, haciéndole reír tan estrepitosamente con cada frase que le diri-

gía que hacía temblar los adobes del techo. Nunca había salido de Durango y juraba que había un mar enorme entre México y Estados Unidos, así como que todo el resto del mundo era agua. Junto a él estaba sentado Longino Guereca, con su hilera de dientes picados que mostraba al sonreír, en contraste con un rostro apacible y una mención de bravura única que era famosa en todo el ejército. Tenía apenas veintiún años y ya era primer capitán. Me dijo que la noche anterior sus propios soldados habían tratado de matarlo... Después estaba Patricio, el mejor jinete de caballos broncos en el Estado; Fidencio, que le seguía, un indio puro de más de dos metros de estatura que siempre peleaba a pie. Y, por último, Rafael Zalarzo, un pequeño jorobado a quien Urbina llevaba en su tren para divertirse, igual que cualquier duque italiano de la Edad Media.

Cuando hubimos quemado nuestros gazzates con la última enchilada y limpiado nuestros últimos frijoles con una tortilla –los tenedores y cucharas no se conocían–, cada caballero tomó un buen buche de agua, hizo una gárgara y la escupió al suelo. Al salir al patio vi dibujarse la silueta del general saliendo de su recámara, tambaleándose ligeramente. Llevaba su revólver en la mano. Se detuvo un momento en la claridad de otra puerta y entró rápidamente, azotando la puerta tras de sí.

Yo estaba ya acostado cuando llegó el doctor a la pieza. En otra cama reposaba El León de las Sierras con su manceba de ocasión, que roncaba ruidosamente.

—Sí –dijo el doctor–, ha habido alguna pequeña dificultad. El general no puede caminar hace ya dos meses por el reumatismo... Algunas veces tiene dolores tan fuertes que los atenúa tomando aguardiente... Esta noche trató de matar a su madre. Siempre intenta hacerlo porque la quiere mucho...

El doctor se contempló en el espejo y se atusó el bigote.

—Esta revolución, recuérdelo, es una lucha del pobre contra el rico. Reflexionó un momento y comenzó a desvestirse. Mirando su mugrienta camiseta, el doctor me hizo el honor de expresar la única frase que sabía en inglés– . Tengo muchos piojos –dijo sonriendo orgulloso...

Salí al amanecer y di un paseo por Las Nieves. La población pertenece al general Urbina: la gente, las casas, los animales y las almas inmortales... En Las Nieves, él solo, y únicamente él, administra la más alta y más baja justicia.

La única tienda del pueblo está en su casa; compré algunos cigarrillos a El León de las Sierras, que ese día estaba de guardia como dependiente de la tienda. El general estaba platicando en el patio con su querida, una bellísima y al parecer aristocrática mujer, con una voz que recordaba a un serrucho. Cuando me vio, vino y me estrechó la mano, diciendo que deseaba que le tomara algunas fotografías. Le contesté que ése era mi objetivo en la vida, preguntándole, además, si creía que saldría pronto para el frente.

—Creo que en unos diez días —contestó.

Comencé a preocuparme.

—Yo aprecio su hospitalidad, mi general —le respondí—, pero mi trabajo exige que esté donde pueda ver el avance que se efectúa sobre Torreón. Si es conveniente, desearía regresar a Chihuahua y reunirme con el general Villa que pronto saldrá para el Sur.

No cambió la expresión facial de Urbina, pero me disparó lo siguiente:

—¿Qué es lo que no le gusta de aquí? ¿Está usted en su propia casa! ¿Quiere cigarrillos? ¿Quiere usted aguardiente, sotol o coñac? ¿Quiere una mujer para que le caliente la cama por la noche? ¿Puedo darle cualquier cosa que usted quiera! ¿Quiere una pistola? ¿Un caballo? ¿Quiere dinero? Sacó un puñado de pesos de plata de su bolsillo y los arrojó a mis pies.

—En ninguna parte de México soy tan feliz y estoy tan contento como en esta casa, pero tenía pensado seguir más adelante —respondí.

Durante la hora siguiente estuve tomando fotografías del general Urbina a pie, con espada y sin ella; el general Urbina cabalgando sobre tres caballos distintos; el general Urbina con su familia y sin ella; los tres niños del general Urbina, a caballo y a pie; la madre del general Urbina y su concubina; toda la

familia armada con espadas y pistolas; también el fonógrafo –traído a propósito– y a uno de los niños sosteniendo un cartel donde estaba escrito con tinta: «General Tomás Urbina R.».

Capítulo III

EL GENERAL SE VA A LA GUERRA

Habíamos terminado el desayuno y me iba resignando a los diez días más en Las Nieves, cuando el general cambió de parecer repentinamente y salió de su cuarto rugiendo órdenes. En cinco minutos todo era bullicio y confusión en la casa: oficiales que se apresuraban a empacar sus sarapes, mozos y tropa ensillando caballos, peones con brazadas de fusiles corriendo de aquí para allá. Patricio aparejó cinco mulas para el coche grande, fiel copia de la diligencia de Deadwood. Un correo salió corriendo a caballo para reunir la tropa que estaba acuartelada en Canutillo. Rafaelito subió al coche el equipaje del general, el cual consistía en una máquina de escribir, cuatro espadas —una de ellas con el emblema de los Caballeros de Pitias—,¹ tres uniformes, el fierro de marcar reses del general y un barril de más de cincuenta litros de sotol.

En seguida, la tropa, una columna desigual de polvo oscuro, cubrió el camino a lo largo de varios kilómetros. Adelante caminaba una pequeña figura negra y rechoncha empuñando la bandera mexicana, que flotaba sobre su cabeza cubierta con un viejo sombrero alicaído y cargado con dos kilos y medio de hilo que había sido dorado, probablemente orgullo alguna vez de algún hacendado. Lo seguían muy de

1.- Una orden masónica. (N. del T.)

cerca Manuel Paredes, con sus botas de montar hasta las ca-
deras, atadas con hebillas de plata del tamaño de un peso, y
azotando su caballo con la cara del sable; Isidro Amaya, que
hacía reparar a su caballo sacudiéndole un sombrero delante
de los ojos; José Valiente, haciendo sonar sus espuelas de pla-
ta con incrustaciones de turquesas; Jesús Mancilla, con su re-
lampagueante cadena de latón al cuello; Julián Reyes, con las
efigies en colores del Cristo y la Virgen al frente de su som-
brero; un enmarañado grupo de seis, seguido por Antonio
Guzmán, tratando de controlarlos, la maraña de su reata he-
cha de pelo de caballo sobresalía del polvo. Era una carrera
loca, todos gritaban y disparaban sus pistolas hasta alejarse
unos centenares de metros; entonces frenaban cruelmente a
sus caballos, que sangraban de las bocas por la bárbara pa-
rada en seco; una confusión vertiginosa de hombres, caballos
y polvo.

Así era la tropa cuando la vi por primera vez. Un cente-
nar de soldados cubiertos de harapos pintorescos; algunos
vestían ropas de obrero, de mezclilla, otros, las chaquetillas
charras de los peones, en tanto que uno o dos alardeaban de
sus pantalones vaqueros. Sólo unos cuantos llevaban zapa-
tos, la mayoría, huaraches, y el resto iba descalzo. Sabás Gu-
tíérrez lucía una vieja levita, que abría por atrás para montar.
Los rifles colgaban de sus monturas, llevaban cuatro o cinco
cananas de cartuchos cruzados sobre el pecho, altos sombre-
ros de flotantes alas; inmensas espuelas que tintineaban al
cabalgar; sarapes de brillantes colores, amarrados atrás de la
silla. Todo esto constituía su equipo.

El general estaba dentro con su madre. Fuera sollozaba
su concubina, rodeada por sus tres hijos, Esperamos casi una
hora, Urbina salió entonces y mirando apenas a su familia,
saltó sobre su gran caballo tordillo de combate, espoleándo-
lo furiosamente hacia la calle. Juan Sánchez tocó la orden de
marcha en su corneta rajada, y la tropa, encabezada por su
general, tomó el camino de Canutillo.

Mientras tanto, Patricio y yo cargamos en el coche tres
cajas de dinamita y una de bombas. Subí y me senté al lado

de Patricio; los peones soltaron las cabezadas de sus mulas y el largo látigo les acarició las costillas. Salimos galopando del poblado, tomando la empinada margen del río a treinta kilómetros por hora. Allá, en el otro lado, la tropa trotaba a lo largo de un camino más directo. Pasamos Canutillo sin detenemos.

—¡Arre, mulas! ¡Putas! ¡Hijas de la ...! —gritaba Patricio, haciendo silbar su látigo.

El camino real era una simple vereda sobre un terreno desigual; cada vez que pasábamos un arroyo, la dinamita se caía con un estrépito enfermizo... De repente, se rompió una cuerda y una de las cajas salió rebotando del coche y cayó entre las rocas. Sin embargo, no pasó nada —era una mañana fría—; la recogimos y sujetamos otra vez, asegurándola. A cada cincuenta metros había en el camino pequeños montones de piedras, coronados por cruces, cada una de las cuales recordaba un asesinato. De vez en cuando aparecía una cruz blanqueada en medio de un camino lateral; era para proteger algún ranchito de las visitas del diablo. El oscuro y relumbroso chaparral, a la mitad de la altura de una mula, arañaba los costados del coche; la yuca y los grandes cactus nos vigilaban como centinelas del desierto. Mientras, las voraces y poderosas aves de rapiña mexicanas describían círculos volando sobre nosotros, como si supieran que íbamos a la guerra.

Ya entrada la tarde se perfilaron ante nuestros ojos, a la izquierda, las paredes que delimitaban las cuatrocientas mil hectáreas de la hacienda de Torreón de Cañas, que cruzaba desiertos y montañas como la Gran Muralla de China a través de veinte kilómetros, y poco después contemplábamos la propia hacienda. La tropa había desmontado alrededor de la Casa Grande. Se nos informó que el general Urbina había caído enfermo súbitamente y que, probablemente, no se levantaría de la cama en una semana.

La Casa Grande era un magnífico palacio con pórticos aunque con un solo piso, bañado por el sol mañanero del desierto. Desde sus puertas podían verse diez kilómetros de una

planicie ondulada, amarilla y, más allá, las interminables cordilleras de montañas áridas, escalonadas una sobre otra. Detrás de la casa, los grandes corrales y establos, donde las fogatas nocturnas ya arrojaban densas columnas de humo amarillo. Abajo, en la hondonada, más de un centenar de casas de los peones formaban una vasta plaza abierta, en la que niños y animales retozaban juntos, mientras las mujeres se arrodillaban en su eterna molienda del maíz. Afuera, en el desierto, una tropilla de vaqueros cabalgaba lentamente al hogar, y a menos de un kilómetro, por el río, la cadena sin fin de mujeres cubiertas con rebozos oscuros acarreando el agua sobre sus cabezas... Es imposible imaginar lo cerca de la naturaleza que viven los peones en esas grandes haciendas. Sus propias casas están construidas con la tierra que pisan, calcinada por el sol. Su alimento es el maíz que siembran; lo que beben, el agua que corre por el río que se agota, transportada dolorosamente sobre sus cabezas; usan ropas tejidas de lana, y sus huaraches, se cortan del cuero de un becerro recién sacrificado. Los animales son sus constantes compañeros familiares en sus casas. La luz y la oscuridad son su día y su noche. Cuando un hombre y una mujer se enamoran, vuelan el uno al otro sin las formalidades del cortejo, y cuando se cansan uno del otro, simplemente se separan. El matrimonio es muy costoso (seis pesos para el cura), lo que se considera como un alarde inútil que no obliga más que a la unión más fortuita. Y, por supuesto, la cuestión de celos significa sangre.

Comimos en una de las altas y desiertas salas de la Casa Grande, una estancia con el techo a cuatro metros del suelo y paredes de proporciones majestuosas cubiertas con papel tapiz americano corriente. Una enorme alacena de caoba ocupaba uno de los ángulos, pero no había cubiertos para comer. Había una pequeña chimenea, en la que nunca se encendió fuego, a pesar de que se sentía un frío glacial día y noche. La puerta de la pieza contigua ostentaba pesados cortinajes de brocado cubierto de manchas; no había alfombra en el piso de hormigón.

El cura de la iglesia de la hacienda presidía la comida. A él le servían las mejores viandas, que algunas veces pasaba a sus favoritos después de servirse. Bebimos sotol y aguamiel, mientras el padre daba cuenta de una botella entera de anisete robado. Alegre ya, su señoría disertaba sobre las virtudes de la confesión, especialmente cuando se refería a las jóvenes.

Pude darme cuenta de que lo anterior no les hizo mucha gracia al resto de los circunstantes, aunque aparentemente eran respetuosos. Después que salimos del salón, José Valiente dijo, apretando los dientes: «Yo sé que mi hermana... ¡La Revolución tendrá que ajustar cuentas con estos curas...!». Dos altos funcionarios constitucionalistas aludían a un programa poco conocido para echar a los sacerdotes de México; la hostilidad de Villa hacia los padres de la Iglesia es bien conocida.

Cuando salí en la mañana, Patricio estaba enganchando el coche y la tropa ensillaba. El doctor, que había acompañado al general, se dirigió hacia mi amigo el soldado Juan Vallejo y le dijo: «Tienes un bonito caballo y un rifle precioso; debías prestármelos». «Pero no tengo otro», comenzó a decir Juan. «Yo soy tu jefe superior», agregó el doctor. Fue lo último que vimos del doctor, el rifle y el caballo.

Me despedí del general, que estaba retorciéndose tendido en la cama, emitiendo boletines por teléfono a su madre.

—Que tenga un feliz viaje —dijo—; escriba la verdad, va usted recomendado a Pablito.

Capítulo IV

LA TROPA VA EN MARCHA

Entré al coche con Rafaelito, Pablo Seáñez y su querida, que era una criatura extraña. Joven, delgada y bella, era veneno y piedra para cualquiera que no fuera Pablo. Nunca la vi sonreír ni pronunciar una palabra gentil. Algunas veces nos trataba con una dureza feroz, otras con bestial indiferencia. Pero a Pablo lo arrullaba como a un niño. Cuando se acostaba en el asiento, él ponía la cabeza en su regazo; ella le abrazaba fuertemente contra su pecho, haciendo ruidos como los de una tigresa con sus cachorros.

Patricio bajaba su guitarra del cajón donde la guardaba y el teniente coronel cantaba baladas amorosas con su voz cascada, acompañado por Rafael. Todo mexicano sabe centenas de ellas. No están escritas, pero a menudo son compuestas de improviso y conocidas al cantarse. Unas son muy bellas, algunas grotescas y otras son tan satíricas como cualquier canción popular francesa. Cantaba así:

*Desterrado me fui para el Sur.
Desterrado por el gobierno y al año volví
con aquel cariño inmenso, me fui con el fin
de por allá quedarme. ¡Sólo el amor
de esta mujer me hizo volver!*

*¡Ay, qué noches tan intranquilas
paso en la vida, la vida sin ti!
¡Ni un pariente ni un amigo
a quien quejarme! Me fui con el fin
de por allá quedarme; ¡sólo el amor
de esta mujer me hizo volver!*

Y después cantó *Los hijos de la noche*:

*Yo soy de los hijos de la noche
que vagan sin objeto en la oscuridad.
La hermosa luna con sus rayos de oro
es la compañera de mis penas.*

*Me voy a separar de ti,
cansado de llorar;
voy a embarcarme, embarcarme,
en las playas del mar.*

*Tú verás al momento de separamos
que no permitiré que ames a otro.
Porque si así fuera te arruinaría la cara,
y muchos golpes nos daríamos recíprocamente.*

*Así, pues, me voy a convertir en americano.
Vete con Dios, Antonia.
Despídeme de mis amigos,
¡ojalá me dejen pasar los americanos,
y abrir una cantina
del otro lado del río!*

La hacienda de El Centro nos proporcionó el almuerzo. Allí me ofreció Fidencio su caballo para la jornada de la tarde.

La tropa se nos había adelantado; pero todavía alcanzaba a ver a los soldados tendidos en hilera entre la negra maleza de mezquites, la diminuta bandera verde, blanco y rojo ondeando sobre sus cabezas. Las montañas habían desapare-

cido en alguna parte más allá del horizonte y nosotros íbamos en medio de un gran bolsón del desierto cuyas ondulaciones se extendían hasta confundirse con el azul ceniza del cielo mexicano. Ahora que estaba fuera del coche me envolvió un gran silencio, una quietud más allá de lo que nunca había sentido. Es casi imposible tener un objetivo en el desierto; se siente uno absorbido por éste, se convierte en una de sus partes. Galopando hacia adelante pronto alcancé a la tropa.

—¡Hola, Míster! —me gritaron—. ¡Aquí viene el Míster a caballo! ¿Qué tal, Míster? ¿Cómo le va? ¿Va a pelear con nosotros?

Pero el capitán Fernando, que encabezaba la columna, se volvió y rugió:

—¡Venga acá, Míster! —El gigantón reía encantado—. Usted irá aquí conmigo —gritaba, dándome palmadas en la espalda—. Ahora, beba. —Y sacó una botella de sotol, medio llena—. Bébalo todo, demuestre que es hombre.

—Es demasiado —dije, y sonreí.

—Tómelo —aulló el coro, ya que la tropa se había reunido para mirar. Lo tomé; un alarido y un aplauso respondieron confundidos. Fernando se inclinó y estrechó mi mano. «¡Muy bien, compañero!», gritó, balanceándose jubiloso. Los hombres apiñados alrededor estaban divertidos e interesados. ¿Iba yo a pelear junto a ellos? ¿De dónde venía? ¿Qué hacía? La mayoría no había oído hablar nunca de reporteros; uno de ellos lanzó la ominosa opinión de que yo era gringo y porfirista, y que debía ser fusilado.

El resto, sin embargo, se opuso terminantemente a tal punto de vista. Ningún porfirista podía tomar tanto sotol de un trago. Isidro Amaya contó que durante la primera revolución había estado en una brigada a la que acompañaba un reportero, al que le decían «corresponsal de guerra».

—¿Le gusta México? —preguntó.

—Me gusta mucho México; quiero también a los mexicanos. Me gusta el sotol, aguardiente, mezcal, tequila, pulque y otras costumbres mexicanas.

Rieron a carcajadas.

El capitán Fernando se inclinó y me dio de palmaditas en el brazo:

—Ahora estás con hombres. Cuando ganemos la revolución, éste será un gobierno de hombres, no de ricos. Vamos caminando sobre las tierras de los hombres. Antes pertenecían a los ricos, pero ahora me pertenecen a mí y a los compañeros.

—¿Y ustedes serán el ejército? —pregunté.

—Cuando la Revolución haya triunfado —fue la sorprendente respuesta—, no habrá ejército. Estamos cansados de los ejércitos; fue con éstos que nos explotaba don Porfirio.

—¿Pero si los Estados Unidos invadieran México?

Una verdadera tempestad estalló entonces:

—¡Somos más valientes que los americanos! Los malditos gringos no llegarían más lejos que al Sur de Juárez. ¡Que prueben! ¡Los haríamos retroceder a la frontera y a la carrera, quemando su capital al día siguiente...!

—No —dijo Fernando—, ustedes tienen más dinero y más soldados. Pero nuestros hombres protegerán el país. No necesitamos ejército. Los hombres pelearán por sus casas y sus mujeres.

—¿Por qué pelean ustedes? —pregunté.

Juan Sánchez, el abanderado, me miró curiosamente:

—¿Por qué? ¡Por que es bueno pelear, no se tiene que trabajar en las minas...!

—Estamos peleando para reponer a Francisco I Madero en la presidencia, —dijo Manuel Paredes.

Esta declaración extraordinaria² está impresa en el programa de la Revolución. Los soldados constitucionalistas son conocidos en todas partes como maderistas.

—Yo lo conocí —agregó Manuel pausadamente—. Siempre estaba riéndose, siempre.

—Sí —dijo otro—, cuando había una dificultad con un hombre y todos querían reñir con él o ponerlo preso, Pancho

2.- Madero había sido asesinado un tiempo antes.

Madero decía: «Dejadme hablarle unos minutos. Yo puedo persuadirle».

—Le gustaban los bailes –agregó un indio—. Muchas veces lo vi bailar toda la noche, todo el día siguiente y en la noche otra vez. Acostumbraba venir a las grandes haciendas y pronunciar discursos. ¡Al comenzar los peones lo odiaban; cuando terminaba, todos estaban llorando...!

Entonces, una voz ronca comenzó a cantar en el tono extraño que acompañaba siempre a los corridos populares que nacen a millares en cada ocasión:

*En mil novecientos diez
aprehendieron a Madero
en Palacio Nacional,
el dieciocho de febrero.*

*Cuatro días estuvo preso
de Palacio en la Intendencia,
porque no quiso aceptar
el dejar la presidencia.*

*Entonces Blanquet y Díaz
allí lo martirizaron;
ellos fueron los verdugos
y así su odio saciaron.*

*Le apretaron los...
hasta que se desvaneció,
con gran sañuda crueldad,
pero ni así renunció.*

*Luego con fierros calientes
lo quemaron sin compasión.
Tan sólo se desmayó.
Nada le hicieron las llamas.*

*Pero todo fue en vano
por su enorme valentía,
porque prefirió morir.
¡Que gran corazón tenía!*

*Así fue el fin de la vida
del que fue el redentor
de la República india
y del pueblo, salvador.*

*Lo sacaron de Palacio;
«en un asalto murió»,
Huerta dijo con cinismo,
pero nadie lo creyó.*

*¡Oh!, calle de Lecumberri
ya se acabó tu alegría,
que por ti pasó Madero
para la Penitenciaría.*

*El veintidós de febrero
siempre se ha de recordar;
la Virgen de Guadalupe
y Dios lo han de perdonar.*

*Adiós, mi México hermoso,
donde Madero murió;
adiós, adiós al Palacio
en que el apóstol cayó.*

*¡Señores, no hay nada eterno
y no hay amigo sincero;
vean lo que le pasó
a don Francisco Madero!*

Pero cuando el cantador iba por la mitad del corrido, toda la tropa ya estaba susurrando la tonada; cuando terminó, hubo un momento de silencio en el eco que se extinguía.

—Estamos luchando —dijo Isidro Amaya— por la libertad.

—¿Qué quiere decir «por la libertad»?

—¡Libertad es que yo puedo hacer lo que quiera!

—Pero supón que eso perjudique a alguien.

Me contestó con la gran sentencia de Benito Juárez:

—¡El respeto al derecho ajeno es la paz!

No esperaba tal cosa. Me sorprendió este concepto de la libertad en un mestizo descalzo. Yo considero que es la única definición correcta de la libertad: ¡Hacer lo que uno quiera! Los norteamericanos me lo señalaron con aire de triunfo como un ejemplo de la irresponsabilidad mexicana. Pero creo que es una definición mejor que la nuestra: la libertad es el derecho de hacer lo que ordena la justicia. Todo niño mexicano conoce la definición de la paz y parece comprender lo que ésta significa también. Pero en Estados Unidos dicen: los mexicanos no quieren la paz. Eso es una mentira necia. ¡Que se tomen los norteamericanos el trabajo de hacer una encuesta en el ejército maderista, preguntando si los soldados quieren la paz o no...! La gente está cansada de la guerra.

Pero, a fin de ser justo, debo informar de lo expresado por Juan Sánchez:

—¿Hay guerra ahora en Estados Unidos? —preguntó.

—No —mentí.

—¿No hay ninguna guerra en absoluto? —se quedó meditando y añadió—: ¿Cómo pasan el tiempo, entonces?

Precisamente en ese momento alguien vio a un coyote que se escurría por el monte; toda la tropa lo persiguió a gritos y chiflidos. Se dispersaron atropelladamente en el desierto; el sol poniente destellaba en sus cananas y espuelas; las puntas de los coloreados sarapes flotaban tras ellos. Más allá declinaba lentamente un mundo chamuscado y una lejana cordillera de montañas lila saltaba en olas de fuego como un potro cerril. Por aquí —si la leyenda es cierta— pasaron los españoles con sus corazas metálicas en busca del oro que, co-

mo si fuera una llamarada carmesí y plata, dejó frío y triste al desierto desde entonces. Al coronar una altura, tuvimos la primera vista de la hacienda de La Mimbrera, un recinto de casas cercadas por una pared capaz de sostener un sitio, que se extendía hacia abajo de un cerro, con la magnífica Casa Grande en la cumbre.

Frente a la casa que había sido saqueada y quemada por el general orozquista Cheché Campos dos años antes estaba parado el coche. Ardía una gran hoguera y diez compañeros mataban unos borregos que se resistían y chillaban en sus brazos, empapando con sangre el suelo que brillaba bajo la luz siniestra, como algo fosforescente.

Los oficiales y yo cenamos en la casa del administrador, don Jesús, el más hermoso ejemplar de hombre que jamás haya visto. Medía más de dos metros, alto, delgado, piel blanca, un tipo de la más pura raza española. Recuerdo que a un extremo del comedor colgaba un cartel bordado en verde, blanco y rojo que decía: «¡Viva México!» y en otro cartel se leía: «¡Viva Jesús!».

Después de comer, cerca del fuego, pensaba dónde dormiría, cuando el capitán Fernando me tocó en el brazo.

—¿Querría usted dormir con los compañeros?

Cruzamos la gran plaza abierta, bajo la vívida luz de las estrellas del desierto, hacia un aislado almacén de mampostería. En el interior unas cuantas velas que ardían en las paredes iluminaban los rifles apilados en los rincones, así como las monturas en el suelo y los compañeros envueltos en sus cobijas hasta la cabeza. Uno o dos estaban despiertos, hablaban y fumaban. En un ángulo, tres de ellos jugaban a las cartas, arrebuados en sus sarapes. Cinco o seis, con una guitarra, cantaban el comienzo del corrido *De Pascual Orozco*:

*Dicen que Pascual Orozco ya chaqueteó
porque don Luis Terrazas lo sedujo.
Dieron muchos millones y lo compraron
pa que contra el gobierno se levantara.*

*Orozco dijo que sí,
Orozco se rebeló,
pero el cañón maderista
ése le dijo: ¡No!*

*Si a tu ventana llega Porfirio Díaz,
dale para que coma tortillas frías;
si a tu ventana llega el general Huerta,
pégale las narices contra la puerta.*

*Si a tu ventana llega Inés Salazar,
guarda todas tus cosas que va a robar;
si a tu ventana llega Maclovio Herrera,
abre, sin miedo alguno, la casa entera.*

No me reconocieron al llegar, pero pronto uno de los que jugaban exclamó:

—¡Aquí viene el Míster!

Al oírlo se incorporaron unos y despertaron a los otros.

—¡Muy bien, es bueno dormir con los hombres; toma este lugar, amigo, aquí tienes mi silla; aquí no hay vueltas, aquí todo el mundo anda derecho...!

—Que pases una feliz noche, compañero —dijeron—. Entonces, hasta mañana.

Al rato alguien cerró la puerta. El recinto se llenó de humo y de un fétido aliento humano. El escaso silencio que dejaba el coro de ronquidos se extinguía por los cánticos que continuaron, creo, hasta la madrugada. Los compañeros tenían pulgas...

Pero yo me envolví en mis mantas y me acosté en el suelo de hormigón muy contento, durmiendo mejor de lo que nunca lo había logrado en México.

Al amanecer ya estábamos a caballo, remontando un empinado paraje del árido desierto para calentarnos. Hacía un frío cortante. Los hombres se envolvían en sus sarapes hasta los ojos, de modo que parecían hongos de colores bajo sus grandes sombreros. Los rayos del sol que caían a plomo que-

mándome la cara, los cogieron desprevenidos, exaltando los colores de los sarapes. El de Isidro Amaya era de un azul fuerte y espirales amarillas; Juan Sánchez tenía uno rojo color ladrillo; el del capitán Fernando era verde y cereza; en contraste resplandecía uno púrpura y negro modelo zigzag...

Volvimos la cara para ver arrancar el coche y parar, mientras Patricio nos saludaba con un ademán. Dos de las mulas estaban exhaustas por lo nuevo de las veredas y el trotar fatigoso de los últimos dos días. La tropa se dispersó en busca de mulas. Pronto volvieron los soldados arreando dos hermosísimos animales, que jamás habían sido enjaezados. Tan pronto como olieron el coche arrancaron en estampida para huir. Fue entonces cuando los soldados volvieron instantáneamente a su oficio primitivo, el de vaqueros. Era un espectáculo maravilloso; el vibrante silbido de las reatas de lazar en el aire hechas gazas que se retorcían como víboras y los pequeños caballos resistiendo la sacudida de la mula en carrera. Aquellas mulas eran unos demonios. Rompían las reatas una tras otra; derribaron dos veces al jinete con cabalgadura y todo. Pablo acudió al rescate. Montó el caballo de Sabás, hincó las espuelas y salió detrás de una mula. En tres minutos, la lazó de una pierna, la derribó y la amarró. En seguida hizo lo mismo con la segunda. No era casual que Pablo, a los veintiséis años, ya tuviera el grado de teniente coronel. No solamente podía pelear mejor que sus hombres, sino también montar, lazar, tirar, hacer leña y bailar.

Las mulas, con las patas atadas, fueron arrastradas hasta el coche, donde las ensillaron en un santiamén, a pesar de su furiosa resistencia. Cuando todo estaba listo, Patricio subió al pescante, empuñó el látigo y nos indicó hacernos a un lado. Los cerriles animales, respingando y parándose sobre las patas traseras, saltaban y relinchaban. Por encima del clamor sonaba el chasquido del pesado látigo y el rugiente grito de Patricio:

—¡Ándenle, hijas de la gran ch...! —y ellas tiraban adelante, corriendo; el gran coche pasaba los arroyos como un tren expreso. Pronto se perdió de vista detrás de su propia corti-

na de polvo, para aparecer horas después, trepando por el costado de un gran cerro, a varios kilómetros de distancia...

Panchito tenía once años de edad y ya era soldado, con un rifle demasiado pesado para él y un caballo al que tenían que subirlo para montar. Victoriano era su compadre, un veterano de catorce años. Otros siete de la tropa tenían menos de diecisiete. También iba una mujer, de cara indígena, adusta; montaba de lado llevando dos cananas. Caminaba con los hombres y dormía junto a ellos en los cuarteles.

—¿Por qué peleas? —le interrogué.

Hizo un movimiento de cabeza hacia la torva figura de Julián Reyes y respondió:

—Porque él lo hace. El que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.

—El que es buen gallo en cualquier gallinero canta —remató Isidro.

—El que es perico dondequiera es verde —concurrió algún otro.

—Caras vemos, corazones no sabemos —dijo José sentenciando.

Al mediodía lazamos un novillo y lo matamos. Como no había tiempo para hacer fuego, le sacamos tiras de carne y nos la comimos cruda.

—Oiga, Míster —exclamó José—, ¿los soldados comen carne cruda en Estados Unidos?

Yo contesté que no creía que lo hicieran.

—Es buena para los hombres. En campaña no tenemos tiempo para otra cosa sino carne cruda. Nos hace más valientes.

Avanzada la tarde alcanzamos el coche y galopamos con él hasta pasar el arroyo seco al otro lado, después de la cancha del gran rebote que flanquea la hacienda de La Zarca. A diferencia de La Mimbrera, aquí la Casa Grande se levanta sobre un lugar llano, con las casas de los peones en largas hileras a sus costados y un desierto plano sin chaparral por casi quince kilómetros al frente. Cheché Canos había hecho también su visita a La Zarca. El caserón, enorme, era una ruina negra y vacía.

Capítulo V

NOCHES BLANCAS EN LA ZARCA

Por supuesto me quedé como huésped del cuartel. Y precisamente aquí deseo mencionar un hecho:

Los norteamericanos han afirmado que el mexicano es fundamentalmente pícaro, según ellos debía esperar que mi equipo fuera robado el primer día. He vivido ya dos semanas con una banda de ex forajidos tan rudos como los que había en el ejército. No tenían disciplina, ni educación. Muchos de ellos odiaban a los gringos. No se les había pagado ni un centavo durante seis semanas; algunos eran tan extremadamente pobres que no tenían huaraches ni sarapes. Yo era un extranjero, sin armas y con un buen equipo. Poseía ciento cincuenta pesos, que ponía visiblemente debajo de la almohada al acostarme a dormir. Y nunca se me perdió nada. Más todavía: en una compañía donde el dinero era escaso, no se me permitía pagar mis alimentos y en cuanto al tabaco, casi desconocido, todo el que podía fumar me era proporcionado por los compañeros. La menor insinuación que hacía acerca de pagarlo era un insulto para ellos. La única posibilidad fue la de pagar la música para un baile. Mucho después de que Juan Sánchez y yo nos enrollamos en nuestras cobijas aquella noche, oíamos el ritmo de la música y los gritos de los bailarines. Sería como la medianoche cuando alguien abrió la puerta y gritó:

—¡Míster! ¡Oiga, Míster! ¿Está durmiendo? ¡Venga al baile! ¡Arriba! ¡Ándele!

—¡Demasiado sueño! —le dije.

Después de algunas palabras el mensajero partió, pero diez minutos más tarde volvió:

—¡El capitán Fernando ordena que venga usted enseguida! ¡Vámonos!

Entonces se levantaron los otros.

—¡Venga al baile, Míster! —clamaron. Juan Sánchez se sentó y comenzó a ponerse los zapatos.

—¡Ya estamos en marcha —dijo—. ¡El Míster va a bailar! ¡Órdenes del capitán! ¡Venga, Míster!

—Iré si va toda la tropa —dije. Levantaron todos un clamor en respuesta; la gente reía con risas ahogadas mientras se vestía.

Llegamos a la casa en un grupo de veinte. El tumulto de peones que bloqueaba la puerta y la ventana se abrió para dejarnos pasar.

—El Míster... —gritaron alborozados— ¡El Míster va a bailar!

El capitán Fernando me abrazó, diciendo con voz de trueno:

—¡Aquí viene el compañero! ¡A bailar! ¡Adentro! ¡Van a bailar la jota!

—¡Pero yo no sé bailar la jota!

Patricio, sonrojándose y jadeante, me tomó del brazo.

—¡Venga, es fácil! ¡Lo presentaré a la mejor muchacha de La Zarca!

Aquello no tenía remedio. En la ventana se apiñaban las caras y un centenar de gentes se apretujaba en la puerta. Era una pieza común en la casa de un peón, blanqueada, con un piso desparejo de tierra. Los músicos, sentados, tocaban a la luz de dos velas. Resonaron los acordes de *Puentes a Chihuahua*. Se hizo un silencio risueño. Tomé a la joven del brazo, comencé la marcha preliminar alrededor del cuarto como se acostumbra antes del baile. Valseamos difícilmente por uno o dos momentos, cuando intempestivamente todos empezaron a gritar:

—¡Ora! ¡Ora! ¡Ahora!
—¿Qué se hace ahora?
—¡Vuelta! ¡Vuelta! ¡Suéltala! —un coro perfecto.
—¡Pero si no sé cómo!
—¡El tonto no sabe bailar! —gritó uno.
Otro comenzó a cantar la burlona canción:

*Todos los gringos son majes,
nunca han estado en Sonora,
y cuando quieren decir «diez reales»
le llaman a eso dollar an'a quarta...*

Pero Patricio saltó en medio del recinto y Sabás tras él, tomando cada uno a una muchacha del grupo de mujeres que estaban sentadas juntas en un ángulo de la pieza. Cuando yo conducía a mi pareja a su asiento, ellos dieron «vuelta». Primero unos cuantos pasos de vals; después el hombre se soltaba de la muchacha, castañeteando los dedos, levantando un brazo hasta la altura de la cara, en tanto que la muchacha con una mano en la cadera danzaba tras él. Se aproximaban uno al otro, retrocedían y bailaban, alternándose, uno en torno al otro. Las muchachas eran torpes y regordetas; rostros indígenas, espaldas desgarbadas, encorvadas de tanto moler maíz y lavar ropa. Algunos de los hombres calzaban botas fuertes, otros no; muchos llevaban pistolas y cartucheras al cinto y unos cuantos, rifles en bandolera.

El baile lo precedía siempre una gran marcha que se paseaba en torno del salón; entonces, después que las parejas habían bailado dos veces alrededor de la sala, paseaban otra vez. Se bailaban, además de la jota, marchas, valsos y mazurcas. Las muchachas no levantaban la vista del suelo, no hablaban y se trompicaban tras de uno. Agréguese a esto, un piso de tierra, lleno de hoyos, y tendremos una forma de tortura sin igual en el mundo. Me parecía haber bailado varias horas, azuzado por el coro:

—¡Baile, Míster! ¡No le afloje! ¡Adelante! ¡No se pare!

Más tarde tocaron otra jota, y la bailé ya con éxito con otra muchacha. Y eso me metió en un aprieto. Porque, después, al pedir la pieza para bailar una marcha a mi primera pareja, la hallé furiosamente enojada.

—Usted me ha puesto en vergüenza ante todos —exclamó—. ¡Me dijo que no sabía bailar la jota!

Bailando la marcha, llamó a sus amigos:

—¡Domingo, Juan! ¡Vengan y quítenme a este gringo!
¡No se atreverá a hacer nada!

Media docena de ellos saltaron a la palestra, mientras los demás miraban. Fue un momento difícil. Pero al instante el buen Fernando se deslizó al frente, empuñando un revólver.

—¡El norteamericano es mi amigo! —dijo— ¡Vuelvan a sus sitios y ocúpense de sus asuntos...!

Los caballos estaban cansados, por tal motivo pasamos un día en La Zarca.

Detrás de la Casa Grande había una huerta abandonada, con bastantes álamos grises, higos, parras y grandes nopales. Estaba rodeada de altas paredes de adobe por tres lados, sobre uno de los cuales se dibujaba en el azul del cielo la vieja y blanca torre de la iglesia. El cuarto lado se abría sobre un estanque de agua amarillenta y más allá se extendía el desierto de Occidente, por kilómetros y kilómetros de requemada desolación. El soldado Marín y yo, tendidos debajo de una higuera, veíamos a las aves de rapiña volar sobre nosotros lentamente. De pronto, el silencio fue interrumpido por una música ruidosa y bullanguera.

Pablo había encontrado en la iglesia una pianola, que había escapado a la vista de Cheché Campos el año anterior; tenía solamente un rollo, un vals de *La Viuda Alegre*. No podía hacerse otra cosa sino llevar el instrumento al patio abandonado. Nos turnamos tocando el aparato todo el día; Rafaelito nos informó que *La Viuda Alegre* era la pieza más popular en México, y compuesta por un mexicano, agregó.

El hallazgo de la pianola sugirió la idea de que diéramos otro baile aquella noche, en el mismo pórtico de la Casa Grande. Se pusieron velas sobre los pilares; la mortecina luz

iluminó las derruidas paredes y ennegrecidas puertas, así como la maraña de enredaderas silvestres que se enroscaban sin freno alrededor de las vigas del tejado. Todo el patio estaba lleno de hombres encobijados, que celebraban una fiesta, un poco incómodos, en la gran casa a la que nunca se les había permitido la entrada. Tan pronto como la orquesta terminaba de tocar, la pianola tomaba a su cargo la tarea. Las piezas se sucedían unas a otras, sin descanso.

Vino a complicar un poco más las cosas la existencia de un barril de sotol. A medida que avanzaba la noche, la concurrencia se alegraba más. El ordenanza de Pablo, Sabás, sacó a la concubina del primero. Yo los seguí. Inmediatamente después, Pablo le dio en la cabeza con la cacha de su pistola diciendo que la mataría si bailaba con alguno, lo mismo que a su pareja. Después de sentarse a meditar un poco, Sabás se levantó, sacó su revólver y le reclamó al arpista diciendo que había tocado mal una nota. Seguidamente le disparó. Otros compañeros desarmaron a Sabás, que inmediatamente se durmió en el centro del salón.

El interés en que bailara el Míster pronto se trasladó a otro asunto. Yo estaba sentado junto a Julián Reyes, el del Cristo y la Virgen al frente de su sombrero. Estaba bien cargado de sotol; sus ojos brillaban como los de un fanático.

Se volvió hacia mí súbitamente.

—¿Vas a pelear con nosotros?

—No —le dije—. Yo soy corresponsal de prensa. Me está vedado pelear.

—Eso es mentira —gritó—. No pelear porque tienes miedo. Por vida de Dios que nuestra causa es justa.

—Sí, ya lo sé. Pero mis instrucciones no son pelear.

—¡Qué me importan las instrucciones! —gritó encolerizado—. Nosotros no queremos corresponsales. No queremos palabras impresas en un libro. ¡Queremos rifles y matar; si morimos seremos puestos entre los santos! ¡Cobarde! ¡Huertista...!

—¡Ya basta! —exclamó alguien, que al ver identifiqué como Longino Guereca, parado junto a mí—. Julián Reyes, tú

no sabes nada. Este compañero viene desde miles de kilómetros por tierra y por mar para contarles a sus paisanos la verdad de la lucha por la libertad. Él entra al combate sin armas, es más valiente que tú, porque tú tienes un rifle. ¡Lárgate ahora y no lo molestes más!

Se sentó donde había estado Julián, sonrió con su aire sencillo, apacible, y tomó mis manos entre las suyas.

—Nosotros seremos compadres, ¿eh? —dijo Longino Guereca—. Nos taparemos con las mismas cobijas, estaremos siempre juntos. Y, cuando llegemos a La Cadena te llevaré a mi casa; mi padre y mi madre nos harán hermanos... Te enseñaré las minas de oro perdidas de los españoles, las minas más ricas del mundo... Las trabajaremos juntos, ¿eh? Seremos ricos.

Pero el baile se hacía más y más desenfrenado. La orquesta y la pianola alternaban sin descanso. Todos estaban ya borrachos. Pablo alardeaba terriblemente de matar prisioneros inermes. De vez en cuando surgía algún insulto, acompañado instantáneamente por el chasquido de las palancas de los rifles en todo el recinto. A la sazón, las pobres mujeres, exhaustas tal vez, empezaban a querer irse a casa, lo que levantaba una protesta general:

—¡No se vayan! ¡No se vayan! ¡Párense! ¡Vuelvan aquí a bailar! ¡Vuelvan aquí!

Y la maltrecha procesión se detenía y volvía pesadamente. A las cuatro de la madrugada, cuando alguien esparció el rumor de que había un espía, gringo huertista, entre nosotros, juzgué prudente irme a la cama. Pero el baile siguió hasta las siete...

Capítulo VI

¿QUIÉN VIVE?

Al amanecer desperté al oír disparos al mismo tiempo que los toques desaforados de una trompeta. Juan Sánchez estaba frente al cuartel general tocando diana; no sabía cuál era el toque de diana, así que los tocaba todos.

Patricio había lazado un novillo para el almuerzo. El animal inició una carrera a saltos, bufando por el desierto, con el caballo de Patricio galopando a su lado. Los soldados, sacando apenas los ojos de sus sarapes, se arrodillaron y se echaron los rifles al hombro. ¡Sonó la descarga! En la quietud del aire resonaba enormemente el fuerte estampido de los fusiles. El animal daba saltos de costado, sus mugidos apenas nos llegaban. ¡Otra descarga! Y cayó de cabeza, pataleando en el aire. El caballito de Patricio se encabritó, su sarape flotaba como una bandera. Justamente en aquel momento emergió un sol enorme por el Oriente, derramando una luz clara sobre la árida planicie semejante a un océano...

Pablo salió de la Casa Grande, reclinándose en el hombro de su mujer.

—Me siento enfermo —gimió, adecuando la acción a la palabra—. Juan Reed montará mi caballo.

Subió al coche, tomó desganadamente la guitarra y cantó lo siguiente:

*Yo estaba al pie de un verde maguey;
mi amor ingrato con otro se fue;
desperté con el canto de la alondra:
¡Ay, qué cruda tengo y el cantinero no fía!*

*¡Oh, Dios, quítame este mal!
Siento como si fuera a morir.
La Virgen del pulque y el aguardiente me salvarán.
¡Ay, qué cruda, y nada que beber ... !*

Hay aproximadamente unos cien kilómetros de La Zarca a la hacienda de La Cadena, donde iba a estacionarse la tropa. Los caminamos en un día, sin beber agua ni comer. El coche pronto nos dejó atrás. A poco de andar, la aridez del terreno fue sustituida por una vegetación espinosa, hostil, nopales y mezquites.

Caminamos en fila a lo largo de una hondonada entre el gigantesco chaparral, ahogados por la espesa nube de polvo alcalino, arañados y despedazados por el espinoso breñal. Algunas veces al salir a un claro del camino veíamos el recto sendero que subía a las cumbres del ondulado desierto, hasta donde la vista podía seguirlo; pero sabíamos que continuaría más lejos aún, mucho más lejos. No soplaban ni un poco de aire. El sol vertical azotaba con tal furia que lo hacía tambalear a uno. La mayoría de los soldados, que se habían embriagado la noche anterior, comenzaron a sufrir terriblemente. Sus labios resecos, partidos, se volvían azul oscuro.

No escuché una sola palabra de queja, aunque tampoco se oían las bromas y las travesuras de otros días. José Valiente me enseñó a mascar ramitas de mezquite, pero ello no ayudaba gran cosa.

Cuando ya habíamos caminado varias horas, Fidencio señaló adelante, diciendo secamente:

—¡Ahí viene un cristiano!

Cuando uno se da cuenta de que esa palabra, «cristiano», que ahora simplemente significa hombre, se ha transmitido entre los indios desde épocas muy remotas, y, cuando

quien la dice se parece exactamente a lo que Cuauhtemotzin pudiera haber parecido, esto le proporciona a uno sensaciones muy curiosas.

El cristiano en cuestión era un indio muy anciano arreando un burro.

—No —dijo—, no llevo nada de agua.

Pero Sabás saltó de su caballo y tiró el fardo del viejo al suelo.

—¡Ah! —gritó—. ¡Magnífico! ¡Tres piedras! —Y mostraba una raíz de la planta del sotol, la que se asemeja a una planta barnizada hace un siglo, y que desprende jugos intoxicantes. Nos la dividimos como si fuera una alcachofa. En seguida todos nos sentimos mejor...

Fue ya al fin de la tarde, al rodear un brazo del desierto, cuando vimos a lo lejos los enormes álamos cenizos que rodeaban el manantial de la hacienda de Santo Domingo. Se alzó una columna de polvo oscuro, como el humo de una ciudad que arde; era del corral, donde los vaqueros estaban amansando caballos. Se destacaba solitaria y desolada la Casa Grande, quemada por Cheché Campos un año antes. A la orilla del manantial, al pie de los álamos, estaban encucillados una docena de buhoneros errabundos, en torno a una fogata, mientras sus burros rumiaban maíz. De la fuente a las casas de adobe y viceversa se movía una cadena interminable de mujeres aguadoras, el símbolo del Norte de México.

—¡Agua! —gritamos jubilosamente, galopando hacia abajo del cerro. Los caballos del coche ya estaban en el manantial con Patricio. Saltando de sus monturas, la tropa se tendió boca abajo. Hombres y caballos revueltos metían sus cabezas y bebían, bebían...

—¿Quién tiene un cigarro? —solicitó alguien. Tendidos boca arriba, permanecemos felices unos cuantos minutos, fumando. Un sonido de música, música alegre, me hizo sentar.

Allá, frente a mí, a lo lejos, se movía la más extraña procesión del mundo. Primero apareció un peón haraposo levando la rama florecida de algún árbol. Tras él, otro llevaba una pequeña caja que parecía un féretro, pintado a rayas an-

chas de azul, rosa y plata. Seguían cuatro hombres, llevando una especie de dosel hecho de lanilla de colores vivos. Una mujer caminaba debajo, aunque el dosel la ocultaba hasta la cintura; encima yacía el cuerpo de una pequeña, con los pies desnudos y sus manecitas morenas cruzadas sobre el pecho. Tenía en el pelo una corona de flores de papel; todo su cuerpo estaba cubierto por ellas. Un arpista que venía detrás tocaba un vals popular llamado *Recuerdos de Durango*. El cortejo fúnebre caminaba lenta y alegremente, pasando por la cancha del rebote, en la cual los peloteros no cesaban de jugar, hacia el pequeño camposanto.

—¡Bah! —escupió Julián Reyes airado—. ¡Eso es una impiedad hacia los muertos!

Con los últimos destellos del sol, el desierto era algo resplandeciente. Íbamos por una tierra silenciosa, encantada, que parecía un reino submarino. Por todas partes había enormes cactus de colores rojos, azules, púrpura, amarillos, a semejanza del coral en el lecho del océano. Detrás de nosotros, al Occidente, rodaba el coche envuelto en una nube de polvo como la carroza de Elías... Rumbo al Oriente, bajo un cielo en el que ya aparecían las estrellas, estaban las rugosas montañas detrás de las cuales se asentaba La Cadena, el puesto más avanzado del ejército maderista. Era una tierra para amarse —este México—, una tierra para luchar por ella. Los trovadores comenzaron de pronto a entonar el largo corrido de *La Corrida de Toros*, en la cual los jefes federales son los toros, y los generales maderistas los toreros; y al contemplar a los alegres, amables y humildes hombres que tanto habían prodigado de sus vidas y comodidades a la heroica lucha, no pude menos que pensar en el corto discurso que Villa dirigió a los extranjeros que salieron de Chihuahua en el primer tren de refugiados:

—Éste es el último mensaje que llevan ustedes a los suyos. Ya no habrá más palacios en México. Las tortillas de los pobres son mejores que el pan de los ricos. ¡Váyanse!

Ya entrada la noche, pasaban las once, el coche se rompió en un esfuerzo por llegar en el camino rocoso entre las

elevadas montañas. Me detuve para tomar mis mantas; pero cuando me disponía a seguir adelante, ya habían desaparecido los compañeros por los recodos del camino. Yo sabía que por allí cerca, en alguna parte, estaba La Cadena. En cualquier momento podía aparecer un centinela, saliendo del chaparral. Descendí poco más de medio kilómetro por un camino accidentado que era con frecuencia el lecho de un río seco, corriendo entre las sinuosidades de las altas sierras. Era una noche oscura, sin estrellas, glacial. Las montañas se abrieron finalmente en una inmensa llanura, a través de la cual apenas podía distinguir la inmensa cordillera de La Cadena y el paso que la tropa debía guardar. Un poco más allá, a tres leguas del paso, estaba Mapimí, guarnecido por mil doscientos federales. Pero la hacienda se ocultaba todavía tras una ondulación del desierto.

Yo estaba casi sobre ella, viéndola, y no me habían marcado el alto. Era un agrupamiento cuadrangular de construcciones blancas, que estaban situadas al otro lado de un barranco profundo. Y, sin embargo, ni un centinela todavía. Esto es gracioso, decía para mí. Parece que no tienen muy buena vigilancia por aquí. Me eché a andar hacia el barranco, subiendo al otro lado. En uno de los grandes salones de la Casa Grande había luces y música. Atisbando atentamente, vi al infatigable Sabás haciendo remolinos en el laberinto de la jota, a Isidro Amaya y a José Valiente. ¡Un baile! Justo entonces, un hombre, pistola en mano, se asomó por el marco de la puerta.

—¿Quién vive? —gritó, desganadamente.

—¡Madero! —contesté.

—¡Que viva! —replicó el centinela, y se volvió al baile...

Capítulo VII

UNA AVANZADA DE LA REVOLUCIÓN

Había ciento cincuenta de los nuestros apostados en La Cadena, el lugar más avanzado de todo el ejército maderista en el Occidente. Nuestra misión era la de guardar un paso: el de la Puerta de La Cadena; el grueso de las tropas estaba acuartelado en la hacienda, a quince kilómetros de distancia. Aquélla se hallaba situada sobre una pequeña meseta, junto a un profundo barranco, en cuyo fondo brotaba un río subterráneo que salía a la superficie y corría unos cien metros, desapareciendo otra vez. Se percibía, hasta donde la vista podía llegar, hacia abajo del ancho valle, la más temible especie del desierto: lechos secos de arroyuelos, un espeso chaparral, nopaleras y plantas espadas.

La Puerta estaba directamente al Oriente, rompiendo la tremenda cordillera de montañas que ocultaban la mitad del cielo y que se extendían al Norte y al Sur, más allá de donde podía alcanzarse a ver, arrugadas como las ropas de cama de un gigante. El desierto se volcaba para cubrir el espacio, pero más allá, nada, excepto el azul del límpido cielo mexicano. Desde La Puerta uno podía ver a más de treinta y cinco kilómetros, a través de la árida y vasta planicie que los españoles llamaron Llano de los Gigantes, donde se esparcen pequeños montículos, y a cuatro leguas de distancia, las bajas y grises casas de Mapimí. Allí acechaba el enemigo: mil doscientos colorados, federales irregulares, bajo el mando del coronel

Argumedo. Los colorados son los bandidos que hicieron la revuelta de Orozco. Se les llama así por su bandera roja, y también por sus matanzas. Barrieron todo el Norte de México, quemando, saqueando y robando a los pobres. En Chihuahua rebanaron las plantas de los pies a un infeliz: lo arrastraron a través del desierto hasta que expiró. Yo he visto un pueblo de cuatro mil almas reducido a cinco, después de una incursión de los colorados. Cuando Villa tornó a Torreón, no dio cuartel a los colorados: eran pasados por las armas sin piedad.

El primer día que llegamos a La Cadena una docena de ellos se acercó para hacer un reconocimiento. Estaban de guardia en La Puerta veinticinco hombres de tropa. Capturaron a un colorado. Lo obligaron a bajarse del caballo, le quitaron el rifle, la ropa y los zapatos. Después lo hicieron correr desnudo por entre centenares de metros de chaparral y nopaleras, disparando sobre él. Por fin lo derribó Juan Sánchez, dando gritos y haciéndose con su rifle, del que me hizo obsequio. Dejaron al colorado a merced de las grandes aves de rapiña mexicanas, que revoloteaban pausadamente todo el día sobre el desierto.

Mientras, mi compadre, el capitán Longino Guereca, el soldado Juan Vallejo y yo, habíamos obtenido prestado el coche del coronel para dar una vuelta al polvoroso ranchito de Brusquilla, el hogar de Longino. Se hallaba situado a cuatro leguas de desierto al Norte, donde brotaba milagrosamente un manantial de un pequeño cerro blanco. El viejo Güereca era un peón de cabello blanco, calzaba huaraches. Había nacido esclavo en una de las grandes haciendas; pero años de trabajo, tan espantosos que sería difícil concebirlos, habían hecho de él ese raro ser humano en México, el poseedor independiente de una pequeña propiedad. Tenía diez hijos: muchachas morenas claras e hijos que parecían jornaleros de campo de Nueva Inglaterra, además de una hija ya difunta.

Los Güereca eran gente orgullosa, llena de ambición y de buen corazón. Longino me presentó:

—Éste es mi queridísimo amigo, Juan Reed, mi hermano.

El viejo Güereca y su esposa me abrazaron dándome palmaditas en la espalda, en la forma afectuosa en que se abrazan los mexicanos.

—Mi familia no debe nada a la Revolución —dijo Gino, con orgullo—. Otros han tomado dinero, caballos y vehículos. Los jefes del ejército se han enriquecido con las propiedades de las grandes haciendas. Los Güereca han dado todo a los maderistas, sin haber tomado a cambio nada más que mi rango...

El viejo, sin embargo, estaba un poco amargado. Con una reata de crin de caballo en las manos, dijo:

—Hace tres años yo tenía cuatro riatas como ésta. Ahora sólo tengo una. Los colorados se llevaron una, otra la gente de Urbina y la última un tal José Bravo... ¿Qué diferencia puede haber en cuál sea el lado que lo robe a uno?

Pero él no quería decir esto realmente. Estaba enormemente orgulloso de su hijo menor, el oficial más valiente de todo el ejército.

Nos sentamos a la mesa, en un largo aposento de adobe, comiendo el queso más exquisito y tortillas con mantequilla fresca de cabra, en tanto que la anciana madre, sorda, daba toda clase de explicaciones, a gritos, por la pobreza de la comida, al mismo tiempo que su guerrero hijo recitaba su *Ilíada* personal de los nueve días de combates en torno a Torreón.

—Estábamos tan cerca —decía—, que el aire caliente y la pólvora ardiendo nos mordisqueaba la cara. Nos acercamos demasiado para disparar, de modo que usamos las culatas de nuestros rifles...

En ese instante comenzaron a ladrar todos los perros a la vez. Saltamos de nuestros asientos. Uno no sabía qué podía suceder en La Cadena por aquellos días. Apareció un pequeño a caballo, gritando que los colorados estaban pasando por La Puerta, y partió al galope.

Longino rugió y corrió a enganchar las mulas al coche. Toda la familia se puso a trabajar afanosamente. Cinco minu-

tos después, Longino, arrodillado, besaba la mano de su padre, mientras nosotros salíamos precipitadamente al camino.

—¡No se dejen matar! ¡No se dejen matar! ¡No se dejen matar!— Podíamos oír los lamentos de la señora.

Pasamos una carreta cargada de mazorcas de maíz, con una familia de mujeres y niños, dos baúles de hojalata y una cama de hierro encaramada. El hombre de la familia montaba un burro. Sí, venían los colorados, miles de ellos entraban por La Puerta. La última vez que vinieron mataron a su hija. Por tres años había habido guerra en este valle y no se había quejado porque se trataba de la Patria. Pero ahora se irían a Estados Unidos donde... Juan azotaba tan cruelmente a las mulas que no pudimos oír más. Más adelante iba un viejo sin zapatos, arreando tranquilamente algunas cabras. ¿Había sabido algo sobre los colorados? Habían circulado algunas habladurías sobre ellos. ¿Estaban pasando por La Puerta, y cuántos eran?

—¡Pues, quién sabe, señor!

Por último, gritando a las asustadas mulas, llegamos al campamento, sólo a tiempo para ver a los soldados victoriosos desparramarse por el desierto, disparando muchos más tiros que los empleados en la lucha. Corrían agachados sobre el terreno, escasamente más altos que sus caballos y que el pardo mezquital a través del cual se movían, con sus grandes sombreros y alegres sarapes bajo los últimos rayos solares que caían sobre sus rifles levantados en alto.

Esa misma noche llegó un correo del general Urbina, diciendo que estaba enfermo y que quería que Pablo Seáñez regresara. De modo que salió el coche con la querida de Pablo, Rafaelito el jorobado, Fidencio y Patricio. Pablo me dijo:

—Juanito, si quieres volver con nosotros, te sentarás a mi lado en el coche.

Patricio y Rafaelito me rogaron que fuera con ellos. Pero yo había llegado tan cerca del frente que ahora no quería volver atrás. Al día siguiente mis amigos y compañeros de la tropa, a quienes había conocido tan bien en nuestra marcha a través del desierto, recibieron órdenes para trasladarse a Jaralitos. Solamente Juan Vallejo y Longino se quedarían.

La nueva guarnición de La Cadena estaba compuesta por una clase distinta de hombres. Sólo Dios sabía de dónde venían, pero era un lugar donde la tropa se moría de hambre. Eran los más miserables peones pobres que jamás había visto: la mitad no tenían sarapes. Eran como cincuenta de los llamados “nuevos”, y nunca habían olido la pólvora; otros tantos estaban bajo las órdenes de un viejo sujeto, terriblemente incompetente, llamado mayor Salazar; los cincuenta restantes estaban armados con carabinas viejas y diez cartuchos para cada uno. Nuestro oficial comandante era el teniente coronel Petronilo Hernández, que había sido mayor durante seis años en el ejército federal hasta que el asesinato de Madero lo empujó al otro lado. Era un hombre pequeño, de buen corazón, valiente, con los hombros caídos. Los años de papeleo en el ejército gubernamental lo habían incapacitado para manejar tropas como éstas. Todas las mañanas daba una orden del día, distribuyendo guardias, apostando centinelas y nombrando al jefe de día. Nadie la leía. Los oficiales de aquel ejército no tenían nada que ver con la disciplina o el dar órdenes a los soldados. Eran oficiales porque habían sido valientes y su misión era pelear a la cabeza de sus tropas, pero nada más. Todos los soldados veían al general, bajo cuyas órdenes eran reclutados, como su señor feudal. Se llamaban a sí mismos «su gente» –sus hombres–; y ningún oficial, quienquiera que fuese, de otra gente, tenía mucha autoridad sobre ellos. Petronilo era de la gente de Urbina; pero dos tercios de la guarnición de La Cadena pertenecían a la División de Arrieta. Por ello no había centinelas al Occidente ni al Norte. El teniente coronel Alberto Redondo guarnecía otro paso cuatro leguas al Sur, de modo que pensábamos estar seguros en aquella dirección. Era cierto que hacían guardia de avanzada veinticinco hombres en La Puerta y que La Puerta era fuerte...

Capítulo VIII

LOS CINCO MOSQUETEROS

La Casa Grande de La Cadena había sido saqueada, sin duda por Cheché Campos, un año antes. En el patio estaban acorralados los caballos de los oficiales. Nosotros dormíamos en los pisos de baldosas de los cuartos que lo rodeaban. En la sala del propietario, que alguna vez había sido lujosa, se clavaron estacas en las paredes para colgar sillas y frenos. Había montones de rifles y sables contra la pared y rollos de cobijas sucias tiradas en los rincones. Por la noche se encendían fogatas con olotes de maíz en el centro del piso y nos acucillábamos alrededor mientras Apolinario y el mozalbete de catorce años, Gil Tomás, que había sido colorado, nos contaban cuentos sobre los Tres Años Sangrientos.

—Cuando la toma de Durango —dijo Apolinario—, yo era de la gente del capitán Borunda al que llamaban *El Matador*, porque siempre fusilaba a sus prisioneros. Pero cuando Urbina tomó Durango no hubo tampoco muchos prisioneros. De modo que Borunda, sediento de sangre, recorría todas las cantinas. Y en cada una escogía un hombre desarmado y le preguntaba si era federal.

—¡No, señor! —decía el hombre.

—¡Tú mereces la muerte porque no has dicho la verdad! —gritaba Borunda sacando su pistola—, y ¡Pum!...

Todos reíamos sinceramente por esto.

—Eso me recuerda —interrumpió Gil— el tiempo en que yo peleaba bajo las órdenes de Rojas en la revuelta de Orozco (¡maldita sea su madre!). Un viejo oficial, porfirista, se pasó a nuestro lado; Orozco mandó enseñar a los colorados (¡animales!) los ejercicios. Había un tipo chusco en nuestra compañía. ¡Ah! Tenía un sentido del humor muy fino. Pretendió ser demasiado estúpido para aprender el ejercicio de las armas. Así pues, este maldito viejo huertista (¡ojalá se achicharre en los infiernos!) le hizo practicar los ejercicios solo.

—¡Armas al hombro! —el compañero lo hizo bien.

—¡Presenten armas! —perfectamente.

—¡Porten armas! —actuaba como si no supiera, de modo que el viejo imbécil se encolerizó y le arrebató el fusil.

—¡De este modo! —le dijo, empujándolo con el rifle.

—¡Ah! —dijo el discípulo—, ¡de ese modo!— Y le encajó la bayoneta en medio del pecho...

Después de eso Fernando Silveyra, el pagador, contó unas cuantas anécdotas de los curas, es decir, los sacerdotes, que sonaban exactamente como si se tratara de la Turena del siglo XIII, o de los derechos feudales de los señores sobre las mujeres de sus siervos antes de la Revolución francesa. Fernando debió saberlo también, puesto que había sido preparado para la carrera eclesiástica. Debimos estar sentados en torno al fuego como veinte de nosotros, desde el peón más miserable entre la tropa, hasta el capitán primero Longino Güereca. Ninguno profesaba religión alguna, aunque habían sido alguna vez buenos católicos. Pero tres años de guerra habían enseñado al pueblo mexicano muchas cosas: que nunca volvería a haber otro Porfirio Díaz, que nunca debería haber otra revuelta orozquista, y que la Iglesia católica en México no volvería a ser nunca más la voz de Dios.

Entonces, Juan Santillana, un subteniente de veinte años de edad, quien me había comunicado muy serio que descendía del gran español Gil Blas de Santillana, recitó con voz chillona la manoseada cantilena que comienza así:

*Yo soy el Conde Oliveros
de la artillería española...*

Juan exhibía orgullosamente cuatro heridas de bala. Decía que había ejecutado a unos cuantos prisioneros indefensos con su misma pistola, prometiendo solemnemente que se haría «muy matador» algún día. Se vanagloriaba de ser el hombre más fuerte y valiente del ejército. Su idea del humor parecía reducirse a quebrar huevos en la bolsa de mi saco. Juan era muy joven, pero bien parecido.

El mejor amigo que yo tenía, además de Gino Güereca, era el subteniente Luis Martínez. Le llamaban Gachupín, el nombre despreciativo aplicado a los españoles debido a que él parecía haber escapado del marco de un retrato de algún noble español del Greco. Luis era de raza pura, sensible, alegre y gallardo. Tenía únicamente veinte años y nunca había estado en un combate. Por el contorno de su rostro asomaba una tenue barba negra.

La señaló sonriendo.

—Nicanor y yo hemos apostado que no nos afeitaremos hasta tomar Torreón...

Luis y yo dormíamos en cuartos diferentes. Pero en la noche, cuando la hoguera se extinguía y el resto de los colegas roncaban, nos sentábamos en nuestras cobijas, una noche en su cuartel, la siguiente en el mío, hablábamos del mundo, de nuestras muchachas y de lo que seríamos o haríamos cuando nos lo propusiéramos. Al terminar la guerra, Luis vendría a Estados Unidos a visitarme; después ambos volveríamos a Durango a visitar a la familia de Martínez. Me enseñó la fotografía de un niño pequeño jactándose orgulloso de que ya era tío.

—¿Qué vas a hacer cuando empiecen a silbar las balas?
—le pregunté.

—¡Quién sabe! —y se rió— ¡Creo que correré!

Era tarde. El centinela de la puerta ya hacía mucho que se había dormido.

—No te vayas —dijo Luis, sujetando mi saco—. Charlemos un poco más...

Gino, Juan Antillana, Silveyra, Luis, Juan Vallejo y yo fuimos a bañarnos al arroyo en una alberca que se decía había allí. Era el lecho de un río seco lleno de arena blanca y caliente, rodeado profusamente de nopales y mezquites. A cada kilómetro reaparecía el río en un pequeño trecho, sólo para desaparecer entre el blanco y crepitante borde alcalino de la arena. Primero se llegaba al estanque de los caballos. Los soldados y sus maltrechos caballos estaban reunidos alrededor; uno o dos soldados en cuclillas, a la orilla, echaban agua con calabazas sobre los costados de los animales... Después de ellos, las mujeres, arrodilladas, lavaban continuamente sobre las piedras. Más allá cruzaba el antiguo sendero de la hacienda, donde se deslizaba la incesante línea de mujeres, cubiertas con chales negros y cántaros de agua en la cabeza. Más lejos todavía estaban las mujeres bañándose, envueltas con telas de algodón azul pálido o blancas, así como niños morenos desnudos que chapoteaban en las aguas poco profundas. Y, por último, los hombres desnudos, morenos, con sombreros y sarapes de vivos colores sobre sus hombros que fumaban sus hojas, en cuclillas sobre las, rocas. Espantamos un coyote, lo correteamos hasta el desierto, disparando nuestros revólveres. Lo acorralamos en el chaparral, en una carrera a muerte, echando tiros y gritando. Pero al fin, se escapó. Después, mucho después, encontramos la fabulosa alberca, una profunda laguna fría, que se desgastaba en la roca sólida y en cuyo fondo crecían verdosas hierbas.

Cuando volvimos, Gino Güereca se emocionó mucho al ver que había llegado su nuevo tordillo de Brusquilla; un gañón de cuatro años que su padre le había criado para montar a la cabeza de su compañía.

—Si es peligroso —anunció Juan Santillana, al salir nosotros—, yo quiero montarlo primero. ¡Me encanta domar caballos broncos!

Una espesa nube de polvo amarillento llenó a todo el corral levantándose muy alto en la quietud del aire. A través de

ella aparecieron las confusas y caóticas figuras de muchos caballos corriendo. Sus pezuñas sonaban secas y estrepitosas. Apenas eran visibles los hombres, con los lazos enrollados a las piernas y los brazos en movimiento, los pañuelos sobre las caras, mientras las reatas se levantaban en múltiples círculos. El hermoso caballo sintió que el lazo le oprimía el cuello. Hoció y saltó, el vaquero enrolló la reata en torno a su cadera, tirándose hacia atrás casi hasta tocar el suelo, levantando una polvareda con sus pies. Otro echó un lazo corredizo a las patas traseras del caballo, derribándolo. Le pusieron una silla y una cabezada.

—¿Lo quieres montar, Juanito? —rió Gino.

—Después de usted —contestó Juan Santillana dignamente—. Es su caballo...

Pero Juan Vallejo ya estaba montado a horcajadas, gritándoles que soltaran las reatas. El tordillo no se sometía y con relinchos chillones, hacía temblar la tierra en su lucha furiosa.

Comimos en la antigua cocina de la hacienda, sentados en banquillos alrededor de una caja de empaque. El cielo raso tenía una rica costra de grasa oscura, el humo de comidas de varias generaciones. Todo un rincón del cuarto estaba ocupado por inmensos fogones de adobe, hornos y chimeneas, con cuatro o cinco ancianas arrugadas que se doblaban sobre ellos, agitando cazuelas y volteando tortillas. El fuego era nuestra única luz, flameando extrañamente sobre las viejas mujeres, alumbrando la negra pared arriba de la cual escapaba el humo, coronando el cielo raso en círculos, para salir, finalmente, por la ventana. Allí estaban el coronel Petronilo, su querida, una mujer campesina extraordinariamente hermosa, con la cara picada de viruela, quien parecía estarse riendo siempre consigo misma de algo; don Tomás, Luis Martínez, el coronel Redondo, el mayor Salazar, Nicanor y yo. La manceba del coronel no parecía estar a gusto en la mesa, porque una campesina mexicana es una sirvienta en su casa. Pero don Petronilo siempre la trataba como si fuera una gran señora.

Redondo me acababa de contar con qué muchacha iba a casarse. Me mostró su retrato. Ella estaba ahora en camino a Chihuahua para comprar su traje nupcial.

—Tan pronto como tomemos Torreón —me dijo.

—¡Oiga, señor! —Salazar me tocó en el brazo—. He descubierto quién es usted. Usted es un agente de los negociantes norteamericanos que tienen vastos intereses en México. Yo sé todo acerca de los negocios yanquis. Usted es un agente de los consorcios. Usted ha venido aquí a espiar los movimientos de nuestras tropas para enviarles informes secretos. ¿No es cierto?

—¿Cómo podría yo remitir informes secretos a nadie desde aquí? —pregunté—. Estamos a cuatro días de viaje a caballo de una línea telegráfica.

—¡Ah!, yo sé —rió ladinamente, apuntando con un dedo hacia mí—. Yo sé muchas cosas; tengo muchas en la cabeza.

El mayor se puso de pie. Estaba muy enfermo de gota; tenía las piernas envueltas con metros y metros de vendas de lana, que las hacían parecer tamales.

—Yo conozco todo acerca de los negocios. Estudié mucho en mi juventud. Esas corporaciones americanas están invadiendo México para robar al pueblo mexicano...

—Usted está equivocado, mayor —interrumpió don Petronilo bruscamente—. Este señor es mi amigo y mi huésped.

—Escuche, mi coronel —estalló Salazar violentamente—. Este señor es un espía. Todos los norteamericanos son porfiristas y huertistas. Tenga en cuenta esta advertencia antes de que sea demasiado tarde. Yo tengo muchas cosas en la cabeza. Soy un hombre listo. Saque a este gringo fuera y fusílelo en el acto, o tendrá que lamentarlo.

Un clamoroso vocerío brotó de los otros; pero fue interrumpido por otro sonido, un tiro, después otros, y gritos de hombres.

Llegó corriendo un soldado.

—Motín en las filas! —gritó—. ¡No quieren obedecer las órdenes!

—¿Quién no quiere? —interrogó don Petronilo.

—¡La gente de Salazar!

—¡Mala gente! —exclamó Nicanor mientras corríamos—. ¡Eran colorados capturados cuando tomamos Torreón! ¡Se nos unieron para no ser fusilados! ¡Se les ordenó hacer guardia esta noche en La Puerta!

—Hasta mañana —dijo Salazar entonces—, me voy a la cama.

Las casas de los peones en La Cadena, donde estaban acuarteladas las tropas, cerraban una gran plaza, como una ciudad amurallada. Había dos puertas. En una de ellas tuvimos que abrirnos paso entre el tumulto de mujeres y peones que pugnaban por salir. Dentro, asomaban luces mortecinas en las puertas y había tres o cuatro pequeñas fogatas al aire libre. En una esquina se amontonaban y atropellaban unos caballos espantados. Los hombres corrían frenéticos dentro y fuera de los cuarteles con los rifles en las manos. En el centro del espacio abierto estaban de pie como cincuenta hombres en grupo, casi todos armados, listos como para repeler un ataque.

—¡Guarden aquellas puertas! —gritó el coronel— ¡Que no salga nadie sin orden mía!

La tropa que corría comenzó a concentrarse en las puertas. Don Petronilo salió, caminando solo, hacia el centro de la plaza.

—¿Qué sucede compañero? —preguntó calmadamente.

—¡Que nos iban a matar a todos! —gritó alguno desde la oscuridad.

—¡Querían escaparse! ¡Iban a entregarnos a los colorados!

—¡Es mentira! —gritaron los del centro— ¡Nosotros no somos de la gente de don Petronilo! ¡Nuestro jefe es Manuel Arrieta!

Súbitamente, Longino Güereca, desarmado, pasó como un rayo junto a nosotros y cayó sobre ellos furiosamente, arrancándoles los rifles de las manos y empujándolos hacia atrás. Por un momento pareció que los rebeldes se le echarían encima, pero no lo hicieron, no resistieron.

—¡Desármenles! —ordenó don Petronilo—. ¡Y enciérrenlos!

Llevaron a los prisioneros a una pieza grande, poniendo una guardia en la puerta. Mucho después de la medianoche podía oírlos cantar alegremente.

Aquello dejó a don Petronilo con un efectivo de cien hombres, algunos caballos excedentes llogados en el lomo y dos mil cartuchos, más o menos. Salazar declaró día de asueto en la mañana, después de recomendar que fusilaran a toda su gente; evidentemente, sentía un gran alivio al deshacerse de ellos. Juan Santillana estaba también a favor de la ejecución. Pero don Petronilo decidió remitirlos al general Urbina para enjuiciarlos.

Capítulo IX

LA ÚLTIMA NOCHE

Los días en La Cadena fueron muy movidos. En los fríos atardeceres, cuando las lagunetas del río se cubrían de una delgada capa de hielo, solía llegar un soldado al galope a la plaza, con un novillo reparándose en el otro extremo de su reata. En ese momento cincuenta o sesenta soldados harapientos, asomando apenas los ojos de entre sus sarapes, comenzaban una corrida de aficionados, causando la hilaridad y deleite del resto de los compañeros. Toreaban con sus cobijas, lanzando los gritos habituales de las corridas de toros. Uno le retorció el rabo al furioso animal. Otro, más impaciente, lo azotaba con la cara de una espada. En vez de banderillas, le clavaban cuchillos en el lomo, salpicándolos con su sangre al embestirles. Y, por último, ya derribado, el piadoso cuchillo le daba la puntilla; mientras una multitud caía sobre él, cortando y sacando tiras de carne cruda que se llevaban a sus cuarteles. Mientras tanto el sol blanco, abrasador, aparecía de pronto tras de La Puerta, pinchando a uno las manos y la cara. Los charcos de sangre, los desvaídos colores de los sarapes y la lejanía de la tierra de sombra del desierto resplandecían vívidos...

Don Petronilo había confiscado varios coches en la campaña. Cinco de nosotros los pedimos prestados para varias excursiones. Una vez fue un viaje a San Pedro del Callo para ver una pelea de gallos, bastante apropiada. Otra vez, Gino

Güereca y yo fuimos a las portentosas y ricas minas perdidas de los españoles que él conocía. No obstante, no pasamos de Brusquilla, holgazaneando a la sombra de los árboles y comiendo queso todo el día.

Ya parpadeando la tarde, la guardia de La Puerta trotaba a su puesto, con el sol poniente sobre sus rifles y cartucheras; y mucho después de oscurecer, llegaba tintineando el destacamento de relevo, saliendo de las misteriosas sombras.

Los cuatro baratilleros que habíamos visto en Santo Domingo llegaron aquella noche. Llevaban cuatro burros cargados de macuche para vender a los soldados.

—¡Es el Míster! —exclamaron, al acercarme a la pequeña fogata—. ¿Qué tal, Míster? ¿Cómo van las cosas? ¿No les tiene miedo a los colorados?

—¿Cómo anda el negocio? —les pregunté, aceptando la mano colmada con un montón de macuche que me brindaron.

Se rieron ruidosamente.

—¡Negocio ¡Nos hubiera ido mejor si nos quedamos en Santo Domingo! ¡Esta tropa no puede comprar un cigarro ni poniendo a escote todo su dinero...!

Uno de ellos comenzó a cantar esa extraordinaria balada, *Las Mañanitas de Francisco Villa*. Cantó un verso, después otro cantó el siguiente, y así, en sucesión, cada uno de ellos iba componiendo un relato dramático de las hazañas del gran capitán. Estuve allí tendido media hora, observándolos, mientras ellos se mantenían en cuclillas sobre sus rodillas; los sarapes colgando sueltos de los hombros, en tanto que la luz rojiza del fuego iluminaba sus caras morenas, sencillas. Mientras uno cantaba, los otros, con la vista fija en el suelo, entretejían mentalmente su composición.

*Aquí está Francisco Villa
con sus jefes y oficiales,
es el que viene a ensillar
a los mulas federales.*

*Ora es cuando, colorados,
alístense a la pelea,
¡porque Villa y sus soldados,
les quitarán la zalea!*

*Ya llegó su amansador,
Pancho Villa el guerrillero,
¡pa'sacarlos de Torreón
y quitarles hasta el cuero!*

*Los ricos con su dinero
recibieron una buena
con los soldados de Urbina
y los de Maclovio Herrera.*

*Vuela, vuela, palomita,
vuela en todas las praderas,
y di que Villa ha venido
a hacerles echar carreras.*

*La justicia vencerá,
se arruinará la ambición,
a castigar a toditos,
Pancho Villa entró a Torreón.*

*Vuela, vuela, águila real,
lleva a Villa estos laureles
que ha venido a derrotar
a Bravo y sus Coroneles.*

*Ora, jijos del Mosquito,
que Villa tomó Torreón,
pa'quitarles lo maldito
a tanto mugre pelón.*

*¡Viva Villa y sus soldados!
¡Viva Herrera con su gente!
Ya han visto, gentes malvadas,
lo que pueden los valientes.*

*Ya con ésta me despido:
por la Rosa de Castilla,
¡aquí termina el corrido
del General Pancho Villa!*

Después de un rato me escurrí; dudo si se dieron cuenta de cuándo me fui. Estuvieron cantando en torno al fuego más de tres horas.

Pero en nuestro cuartel había otra diversión. El lugar estaba lleno del humo de una fogata prendida en el suelo. A través de aquél pude distinguir unos treinta o cuarenta soldados en cuclillas o tendidos a lo largo —completamente callados— ya que Silveyra leía en voz alta un decreto del gobernador de Durango sentenciando para siempre a las tierras de las grandes haciendas divididas entre los pobres.

Leía lo siguiente:

«Considerando que el principal motivo de descontento entre el pueblo de nuestro Estado, que le obligó a levantarse en armas en 1910, fue la falta absoluta de propiedad individual; y que las clases rurales no tienen medios de subsistencia al presente, ni ninguna esperanza para el futuro, excepto la de servir como peones en las haciendas de los grandes terratenientes, que han monopolizado la tierra del Estado (...).

Considerando que la fuente principal de nuestra riqueza nacional es la agricultura, y que no puede haber verdadero progreso en ésta sin que la mayoría de los agricultores tengan un interés personal en hacer producir la tierra (...).

Considerando, finalmente, que los pueblos rurales han sido reducidos a la más honda miseria, porque las tierras comunales que poseían han ido a aumentar las propiedades de las haciendas más cercanas, especialmente bajo la dictadura de Porfirio Díaz; con lo cual han perdido su indepen-

dencia económica, política y social los habitantes del Estado, pasando del rango de ciudadanos al de esclavos, sin que el Gobierno sea capaz de elevar el nivel moral por la educación, porque la hacienda donde ellos viven es propiedad privada (...).

El Gobierno del Estado de Durango declara una necesidad pública que los habitantes de las ciudades y pueblos sean los poseedores de las tierras agrícolas (...)».

Cuando el pagador hubo salvado trabajosamente las dificultades para la lectura de todos los ordenamientos que seguían, diciendo cómo iba a emplearse la tierra y para qué, etc., se hizo el silencio.

—Eso —dijo Martínez— es la Revolución mexicana.

—Es exactamente lo que Villa está haciendo en Chihuahua —dije yo—. Es grandioso: ahora todos ustedes, compañeros, pueden poseer una granja.

Una risita ahogada de satisfacción se dibujó en torno del círculo. Entonces un hombre pequeño, calvo, de patillas amarillentas, manchadas, se sentó y habló así:

—Ninguno de nosotros —dijo—, ni los soldados, después que una revolución ha triunfado, quiere más soldados; serán los pacíficos los que obtengan la tierra, los que no pelearon. Y la próxima generación... —hizo una pausa y extendió sus mangas destrozadas al fuego—. Yo era maestro de escuela —explicó—, de modo que sé que las revoluciones, como las repúblicas, son ingratas. Yo he peleado tres años. Al fin de la primera revolución, ese gran hombre, el padre Madero, invitó a sus soldados a la capital. Nos dio ropas, alimentos y corridas de toros. Volvimos a nuestros hogares y nos encontramos a los insaciables otra vez en el poder.

—Yo llegué al concluir la guerra, con cuarenta y cinco pesos —dijo un hombre.

—Tuviste suerte —continuó el maestro de escuela—. No, no son los soldados, los hambrientos, los desnutridos, los soldados rasos los aprovechados de la Revolución. ¿Los oficiales?, sí; algunos engordan con la sangre de la Patria. Pero nosotros, no.

—¿Por qué diablos están peleando ustedes entonces?
—grité exasperado.

—Yo tengo dos hijos pequeños —contestó—. Ellos tendrán su tierra. A su vez tendrán otros hijos pequeños. Ellos tampoco padecerán por falta de alimentos... —el hombre pequeño sonrió—. Tenemos un refrán en Guadalajara: no te metas en camisa de once varas, porque el que se mete a redentor sale crucificado.

—Yo no tengo ningún hijo pequeño —dijo Gil Tomás, el de los catorce años, entre las carcajadas de todos—. Yo peleo para conseguir un rifle 30-30 de algún federal muerto y un buen caballo de algún millonario.

Sólo por divertirme pregunté a un soldado que traía un fotobotón de Madero en su saco, que quién era.

—Pues, ¡quién sabe, señor! —contestó—. Mi capitán me dijo que era un gran santo. Yo peleo porque esto no es tan duro como trabajar.

—¿Cada cuándo les pagan a ustedes, amigos?

—Se nos pagaron tres pesos hizo justamente nueve meses esta noche —dijo el maestro de escuela; todos asintieron con la cabeza—. Somos los verdaderos voluntarios; las gentes de Villa son profesionales.

Entonces Luis Martínez cogió una guitarra y cantó una corta y bella canción amorosa, la cual, dijo, había compuesto una prostituta cierta noche en un burdel.

Lo último que recuerdo de aquella noche memorable es que Gino Güereca estaba tendido a mi lado en la oscuridad, hablando.

—Mañana —decía—, te llevaré a las minas perdidas de los españoles. Están escondidas en un cañón de la Sierra Occidental. únicamente los indios y yo sabemos dónde están. Los indios van allá algunas veces rascan con cuchillos para sacar el oro puro de la tierra. Nosotros seremos ricos...